

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

N.º 304
AÑO VIII

BUENOS AIRES, 22 DE ABRIL DE 1929
PORTE PAGO

El ejemplar
20 Centavos



SUMARIO DE ESTE NUMERO:

La misión del anarquismo como fuerza de minoría y de opinión, LUIS FABBRI— Más productividad con menos brazos, D. A. DE SANTILLAN—La prehistoria y la fundación de la Internacional (28 de septiembre de 1864), MAX NETTLAU—Notas sobre la cultura moral en la escuela, PAUL GILLE—El primer paso hacia la anarquía, E. MILANO— Por la anarquía, RICARDO MELLA—BIBLIOGRAFIA

LUIGI FABBRI

La misión del anarquismo como fuerza de minoría y de opinión

El anarquismo constituye un movimiento en sí, autónomo, no solamente respecto de los otros partidos y movimientos políticos, sino también respecto al movimiento revolucionario y proletario en general. A esta conclusión se llega no sólo siguiendo el hilo lógico de un razonamiento abstracto, sino también y sobre todo teniendo en cuenta las necesidades prácticas de la revolución, por una experiencia práctica ya hecha, por la visión real de los hechos observados durante años y años en medio del movimiento obrero. Podremos citar a montones de estos hechos, — hechos que no solamente prevemos por lo que se refiere al porvenir, sino que hemos constatado en el pasado y continuamos constatando actualmente.

Tomamos como ejemplo la tendencia que tienen los revolucionarios a querer convertirse en dirigentes y exponentes de las grandes organizaciones; se deriva de sentimientos más laudables, no queremos negarlo: sobre todo viene del deseo de obrar pronto, de tener más medios materiales de agitación en las manos, de la idea de explotar en beneficio de las propias ideas el nombre y el prestigio de organizaciones cada vez más vastas.

Puede darse que, excepcionalmente, en especial en los momentos resolutivos o de efervescencia revolucionaria, el haber llegado no importa con qué título o por qué vías a la cabeza de las organizaciones, el poder disponer de sus fuertes medios materiales y poder aprovechar alguna afortunada ocasión de acción en vasta escala, constituya una ventaja no despreciable. Pero esta es la excepción que tiene valor sólo a condición de permanecer excepción y de no durar mucho, es decir de no dar tiempo a que se determinen los daños, mucho mayores que las ventajas, que el hecho produciría inevitablemente tarde o temprano.

En tiempos ordinarios, en los largos períodos de preparación, de agitación y de propaganda, la experiencia nos enseña que la espera de grandes ventajas para las ideas revolucionarias y libertarias de la dirección de las grandes organizaciones es fruto de pura ilusión. Los anarquistas que acceden a eso son sus víctimas; no se dan cuenta de que constituyen sobre la móvil arena en lugar de hacerlo sobre un terreno sólido. Conseguirán, es probable, manifestaciones impresionantes por el momento, lograrán poner en pie un movimiento en apariencia revolucionario; pero será en gran parte sólo aparente, en las formas exteriores y en algún episodio, y pronto se agotará. La hábil construcción se derrumbará de golpe; y mucho de lo que más interesa será envuelto en sus ruinas. Así, mientras se ha querido ser oportunista, se habrá en realidad carecido totalmente de oportunidad.

¿Qué hacer, pues? ¿Renunciar quizás a una acción propia en el seno de las masas? ¿Apartarse de las organizaciones? Ni por sueño; hemos dicho ya cuán

deletéreo sería eso, más deletéreo aún que una participación errónea, para la causa anarquista. Hombreros de minoría, los anarquistas tienen el interés predominante de cumplir bien su función de minoría: entrar y permanecer en todas las organizaciones obreras a su alcance, y desarrollar en su seno su acción, con la propaganda y con el ejemplo, con ardor revolucionario y con espíritu de sacrificio, — acción de crítica y de control sobre los órganos ejecutivos y administrativos, participación solidaria en todas las luchas antiburguesas (huelga, huelga general, boicot, sabotaje, y toda otra forma de acción directa), oposición a todas las renunciaciones y a las desviaciones, estímulo con las palabras y con los actos a un ataque cada vez más vivo contra los organismos burgueses. ¿No hay tal vez bastante que hacer en este sentido, tanto como para ocupar las propias fuerzas desde el primero al último día del año?

Más de una vez se ha dicho, con una burda similitud, que los anarquistas son los *bersaglieri* del ejército proletario y revolucionario. Pero la similitud contiene una idea muy justa, ésta: que la misión de los anarquistas no es estar al frente de la masa proletaria, sino delante, a su vanguardia, en continuo contacto con el enemigo. La masa les seguirá más fácilmente así que si fuesen sus jefes oficiales. Quiere decir esto que si hay traidores en el movimiento, gente que pactará con el enemigo, se tendrá más autoridad moral para combatirlos y eliminarlos, — así como en el ejército revolucionario de 1793, los soldados jacobinos y los hebertistas, mientras combatían como valerosos, vigilaban a los Dumoriez traidores y a veces los ajusticiaban.

Aunque no fuera más que por un sentimiento de oportunidad general, pues, es preferible que los anarquistas queden en su puesto de minoría — el puesto que les es propio por ideas y por temperamento. Fuertes en tal posición, se vuelven débiles cuando la abandonan. Por lo que se refiere a la acción revolucionaria, nada es imposible a la minoría, si es activa y quiere verdaderamente. Venga el momento bueno, delinése una situación revolucionaria — y se verá cómo la minoría anarquista se convertirá en dueña de los acontecimientos, rica con todo su prestigio y con toda su virginidad no consumida por el ejercicio gastador y debilitante de las funciones directivas en tiempos de calma, en los que se es obligado a hacer mucho reformismo. Por buenas o por malas, entonces, hasta los más moderados serán constreñidos a marchar tras los anarquistas o impulsados hacia adelante por éstos.

Podrá ocurrir, ciertamente, que los anarquistas más activos, inteligentes y enérgicos sean en el terreno de los hechos arrastrados por el movimiento general a la cabeza de éste, — como en ciertas batallas napoleónicas el cabo que iba audazmente delante de todos, se convertiría en aquel momento en el

jefe de los soldados que le seguían mucho mejor que el oficial que había quedado atrás —, y esto no será un mal por las razones más arriba enunciadas; pero no podrá quedar útilmente allí más que durante la contienda o a condición de volver, siempre, al propio puesto de minoría apenas haya cesado la batalla.

Una función del "partido" anarquista concebida así presenta casi todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes de la táctica de los otros partidos. Por lo demás, los anarquistas no tienen ningún interés inmediato que conquistar, — ni como partido ni como individuo. Los otros partidos, sedientos de éxito inmediato, casi todos aspirantes a conquistar un poder verdadero y propio sobre las muchedumbres, especialmente el poder político, pueden obrar lógicamente, desde su punto de vista, de modo diverso a los anarquistas; pero éstos no tienen necesidad de hacer concurrencia a aquéllos sobre un terreno tan inseguro.

La acción anarquista de tal manera puede desplegarse más libremente, sin otras preocupaciones de responsabilidad fuera de las que los anarquistas sienten frente a la propia conciencia. Así son llevados a dar menos importancia a las fórmulas exteriores, con que suelen encubrirse hoy las organizaciones obreras. Bastará, para que los anarquistas puedan quedar allí dignamente y desarrollar su acción, que estén realmente abiertas a todos los obreros, cualquiera sea su credo político, y que, particularmente, no empeñen su participación en actos que contrastan con sus convicciones personales.

En cuanto a lo demás, en cuanto a las tendencias generales de las organizaciones, es inútil alambicarse el cerebro: sean reformistas o revolucionarias, sindicalistas o corporativistas, federacionistas o lo-

calistas, la diferencia sustancial entre las unas y las otras es siempre menor de lo que se cree; y los anarquistas constituirán siempre allí una minoría, se sentirán siempre impulsados a estar en la oposición. Aun cuando para combatir las tendencias más reaccionarias, se sientan más próximos a los llamados jefes, como ocurre en las organizaciones con orientación sindicalista revolucionaria, — eso será siempre de modo relativo; y los anarquistas acabarán tarde o temprano por sentirse llevados a la oposición.

La posición de minoría en la oposición consiente a los anarquistas una libertad de acción, que a su vez constituye una verdadera y propia superioridad moral, en medio de las disidencias interminables que las cuestiones de partido y las cuestiones personales suscitan demasiado en el seno de las organizaciones obreras. Ellos que no tienen una cuestión de partido ni cuestiones personales que hacer, porque su partido y sus personas no aspiran a conquistar un "poder" cualquiera sobre las masas organizadas, no tienen siquiera la necesidad ni la ocasión de ir a las greñas siquiera con aquellos que piensan diversamente. Su lucha, aun contra los adversarios, siendo desinteresada e inspirada sólo por la fe en el ideal, será por tanto menos aburridora, más serena y no dejará restos disolventes tras ella. Los anarquistas podrán sentirse unidos con ciertos adversarios mañana, cuando el interés de la causa lo exija, con el mismo fervor con que se sienten desunidos hoy. Y menos causas de odios y de rencores susciten a su alrededor, — fuera del rencor y del odio de la burguesía de que estarán siempre orgullosos de ser merecedores.

Si todos los revolucionarios sinceros pensasen así y obrasen en consecuencia, la unidad proletaria, de que tanto se habla, sería mucho más real y eficaz. Y el movimiento general de la clase trabajadora se volvería mucho más efectivamente revolucionario. Ciertamente, importa también a los anarquistas la conquista del movimiento obrero, pero la conquista efectiva de las conciencias que lo animan, no la formal de los puestos burocráticos. Y tal conquista se obtendrá cada vez más amplia, obrando de abajo a arriba, de lo simple a lo compuesto, del individuo al grupo y a la colectividad, de los individuos gregarios a su conjunto. Pero para llegar a eso no hay que tener la impaciencia de los resultados aparentes y súbitos; los anarquistas, impregnando con su influencia desde abajo las instituciones proletarias y corporativas, conseguirán hacer de ellas un instrumento de revolución mucho mejor y mucho antes que queriéndolas guiar por la fuerza donde les parece y donde les agrada desde arriba, — y cuando lo hayan conseguido, aunque en parte, no valdrán intrigas políticas de cambiacaacas para hacerlas volver atrás.

Concebida en este sentido la acción libertaria y revolucionaria vencerá fácilmente los obstáculos, llamémosles así, internos. Sabiendo desde el primer momento que no se puede esperar del ambiente de las organizaciones obreras una respuesta completa a las propias tendencias ideales, se evitarán las fáciles ilusiones y las dolorosas desilusiones; y se quedará más constantes y perseverantes en la brecha a pesar de los errores y las derrotas, combatiendo con los trabajadores y por los trabajadores, en su ambiente y no sobre ellos, y sin pedirles nunca nada, — nada fuera de un esfuerzo cada vez más activo, tendiente a la propia emancipación.

DESPUES DE LA GUERRA



El rico y el pobre

Para concluir, el sentido de relatividad consiste en la visión de la realidad; en la persuasión de que un partido de revolución y de porvenir no puede esperar en el seno de la sociedad actual más que éxitos relativos y no puede esperar del ambiente que lo circunda más que una relativa respuesta a sus objetivos y a sus ideales, — aunque ese ambiente parezca a primera vista favorable. De ahí la necesidad para el anarquista revolucionario de quedar siempre en la oposición, en actitud de lucha, en "estado de revolución permanente", según la expresión de Eliseo Reclus.

Este sentido de relatividad impide a los anarquistas apartarse de la lucha, a pesar de que ésta no puede ser nunca completamente hecha según ellos quisieran; los mantiene en contacto con las masas y con sus manifestaciones más conscientes, aunque éstas se resientan mucho, hasta demasiado, de las tendencias reformistas y autoritarias de la sociedad burguesa; y al mismo tiempo hace que no se ilusionen con obtener éxitos prácticos inmediatos, — sabiendo muy bien que su destino es ser casi siempre derrotados, y que no resultarán victoriosos más que con la revolución. De tal modo los anarquistas escapan a la acción lenta de absorción que la sociedad burguesa opera sobre sus adversarios de modo constante; y contribuyen a neutralizar al menos en parte las influencias en los ambientes en cuyo seno obran, en los grupos, en las organizaciones y en todas las manifestaciones del movimiento obrero y revolucionario.

El sentido de relatividad así entendido disminuye, pero refuerza la fe en la idea absoluta de libertad y de justicia. ¿Qué pueden importar las muchas deficiencias y los errores, las pérdidas y las crisis, si se sabe desde el comienzo que todo esto es inevitable? ¿si se sabe que toda batalla pequeña o grande, vencida o perdida, aproxima al objetivo? ¿si se está persuadidos de que los errores o las deficiencias, inherentes a todo movimiento, porque son inherentes a la naturaleza humana, no tienen nada que ver con la idea por la cual se combate? ¿si las mismas concesiones que la necesidad de la lucha obliga a hacer a la dura realidad de las cosas, no consiguen sino hacer odiar más todavía esa realidad?

El ideal está en nosotros, no fuera de nosotros; y es tanto más y en mayor medida realizable, cuanto más lo queremos nosotros, cuanto más obremos inspirándonos en él. Su realización será siempre relativa en el tiempo y en el espacio, en la cantidad y en la calidad, pero se realiza cada vez más gracias a nuestros esfuerzos. Ciertamente, la llamada fuerza de las cosas tiene también su parte en este camino del ideal; pero sería un grave error confiarse a ella, — como hacen aquellos que hablan siempre de evolución del sistema capitalista, de evolución de las instituciones políticas, etc. — como los marineros que, al navegar, se confían demasiado en el curso de los vientos y de las corrientes marinas.

Nosotros bogamos con todas las fuerzas de nuestros brazos hacia un objetivo nuestro, desplegamos todas nuestras velas para llegar a puerto preestablecido. A lo largo de la ruta nos aprovechamos, es verdad, de los vientos y de las corrientes favorables, pero nuestra voluntad debe estar alerta en cada instante, porque nuestro punto final no se identifica con la dirección ocasional y brutal de los vientos y de las corrientes; y a la primera ocasión debemos hallarnos listos para navegar contra viento y marea.

Y en el complejo movimiento social esto es todavía más verdadero que en el mar; pues muy a menudo los intereses momentáneos y la influencia del ambiente están contra nosotros, — demasiado a menudo, hemos dicho, sólo por temor a exagerar diciendo que eso ocurre casi siempre.

Vano sería pretender de la obra de los anarquistas y de la que se desarrolla a su alrededor, la realización absoluta de los principios de libertad y de justicia; pero no por esto tales principios viven menos y hacen menos arder la sed de liberación de los combatientes. Sólo la fe en el ideal, hecha activa por la lucha continua, hace a su vez al mismo tiempo posible y eficaz su acción, a pesar de que ésta se halle sometida a la inevitable ley de la relatividad. La tendencia espiritual hacia el ideal absoluto los hace relativistas además en otro sentido, — es decir reteniendo a los revolucionarios y a los anarquistas de un absoluto abandono a los acontecimientos, a las mayorías, al ambiente, a las cosas, a una realidad contra la que quieren rebelarse, para que le suceda otra realidad más próxima a su meta.

"Los pies sobre la tierra, pero la mirada al cielo", decían los místicos de un tiempo. Alguno se ha burlado de ellos, contando de un filósofo que, caminando así, cayó en un foso no visto por él. Pero la broma no alcanza a los anarquistas, que no ponen su ideal por encima de las nubes, sino que lo llevan en sí mismos y lo esperan de la obra propia individual y colectiva. Su mirada vigila el campo de batalla y les guía a la acción, al mismo tiempo que ve más allá de los obstáculos, más allá de las posiciones enemigas, la ciudad futura a que quieren llegar. Y esta visión les impide perder el camino y dejarse arrastrar a diestro y siniestro, tiene unidas sus filas mejor que el comando de un general y hace coordinado y más ardiente su combate.

Así el fin se funde armónicamente con los medios para alcanzarlo, y el ideal con su práctica. Los anarquistas, solos contra todos, ciudadanos de un mundo futuro, rebeldes contra el mundo que les circunda y que sin embargo aman y quieren regenerar, agentes al mismo tiempo dentro y contra él, — les basta sentirse superiores en la idea y no esperar nada para sí y ninguna victoria real antes de la victoria final, para convertirlos en los más fuertes de todos.



De un cuadro de Ernest Neuschul

D. A. DE SANTILLAN

MAS PRODUCTIVIDAD CON MENOS BRAZOS

Los progresos de la mecanización han hecho en un grado considerable independiente la duración de la jornada de trabajo de la cantidad de productos, es decir de la productividad. Mejor dicho, una larga jornada no quiere decir siempre una más elevada producción. Y como en estas cosas valen más las cifras y los hechos concretos que las palabras, demos un resumen estadístico de la evolución del trabajo y de la producción en Estados Unidos en el curso de los años que van de 1899 a 1923.

Tomando la cifra de 100 como base para 1899, la productividad del conjunto de las industrias norteamericanas alcanzó en 1923 a 263, es decir casi una triplicación, mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 188, es decir no se duplicó la cifra de 1899.

En algunas industrias la desproporción fué formidable: por ejemplo en la industria de las conservas de verduras y frutas la productividad llegó a 515 en 1923, en comparación con la cifra 100 de 1899, mientras que el número de obreros ocupados no se elevó más que a 157; en los artículos de seda la productividad aumentó en 3060, mientras que el número de obreros se había reducido a 92, es decir con un rendimiento tan elevado, el personal se había reducido todavía; en la industria del papel y de las artes gráficas el rendimiento se elevó a 375 mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 179.

Con eso tenemos una prueba evidente de la independencia que ha logrado establecer el capitalismo entre el rendimiento de su aparato productivo y el número de brazos humanos necesarios — independencia que repercute y determina naturalmente la existente entre la jornada de trabajo y la productividad.

En 1914 se trabajaban en Alemania 52, 53, 54 hasta 60 horas por semana en las fábricas; en 1926 la jornada general es de 8 horas, o sea 48 semanales. ¿Quiere decir eso que la producción haya disminuído de una manera correspondiente?

Demos algunas cifras de la "Holzarbeiter-Zeitung" 35 (22, 171, 1927, Berlín), referentes

todas a la industria de la madera, donde menos se han advertido los progresos de la mecanización, de la racionalización del trabajo y de los establecimientos:

En la construcción de pianos en Sajonia, con una reducción de 7,7 por ciento en la jornada no se ha advertido ningún decrecimiento de la productividad; con la misma reducción de la jornada en la industria de la mecánica de los pianos del centro de Alemania, se ha aumentado de 1914 a 1926 un 13 por ciento el rendimiento; en la fabricación de cepillos se han tenido aumentos de la productividad hasta de 77,9 por ciento con una reducción de 9,4 por ciento en la jornada; en la fabricación de hormas para zapatos, en el Sur de Alemania, el aumento de la productividad fué de 33,3 por ciento en el mismo espacio de tiempo, con una reducción de 10,3 por ciento en la jornada, es decir de 53 1/2 horas la jornada fué reducida a 48; en el lustre de máquinas de coser, en Sajonia, con una reducción de la jornada de 14,3 por ciento se ha tenido un aumento de 25 por ciento en la producción; en el encañalado de mesas se aumentó el rendimiento en un 60 por ciento con una reducción de 14,3 por ciento en la jornada; en la fabricación de sillas, en el centro de Alemania, con una reducción de 20 por ciento en la jornada (de 60 horas semanales a 48) se constata un aumento de 50 por ciento en la productividad.

La encuesta de que tomamos estas cifras atribuye ese aumento de la productividad, no tanto a las mejoras técnicas, sino a la alegría del trabajo producida por la reducción de la jornada y un aumento de los salarios, causa de una intensificación del esfuerzo. Esto tiene el mérito de partir de elementos profesionales marxistas, para quienes solamente el factor económico importa en la vida. Por lo demás, el aumento del rendimiento conseguido en una industria relativamente poco o apenas racionalizada como es la de la madera, se ha conseguido por la implantación de nuevos mecanismos y procedimientos de trabajo en otras industrias, donde el capitalismo ha llegado a excluir

la mano de obra humana en una proporción alarmante.

En la minería alemana, la productividad por obrero, sobre la base de 1913 considerada en 100, era en 1926 en la extracción del carbón de piedra de 98, es decir algo inferior, pero en cambio en el mineral de hierro era de 122, en la extracción de minerales de plomo, plata y cinc de 106,7 (en 1927 de 113,4), en la extracción de cobre de 126,8 (en 1927 de 140,8), en la producción de acero era de 135,8, etc., etc. En todas partes se nota un crecimiento de la productividad por obrero, lo que supone, cuando el consumo no se acrecentó de una manera correspondiente, una disminución de brazos o crisis comerciales e industriales periódicas.

Escribe un autor alemán ("Die Arbeit", febrero 1928, Berlín, pág. 127):

"La cuota de extracción por hombre y grupo en los distritos más importantes de la antracita alemana señala aumentos que sobrepasan del 20 al 25 por ciento a las cifras de antes de la guerra... La cifra del personal ocupado en el distrito del Ruhr ha bajado de 426.033 por término medio en 1913, a 398.043 a fines de diciembre de 1927... No cabe duda de que la progresiva mecanización ha suscitado una demanda a las fuerzas morales y corporales del minero que ha superado ya los límites máximos"...

Sobre la industria de la porcelana en Limoges (Francia), reproducimos estos datos: En 1913, 9.545 obreros trabajaron 28.635.000 horas; en 1925 trabajaron 8.380 obreros un total de 20.112.000 horas. Pero la parte de cada obrero en la producción que era 100 por ejemplo en 1913, ascendió a 133 en 1925. Disminuyeron los obreros, disminuyeron las horas de trabajo y sin embargo aumentó la producción total.

En la industria alemana de la potasa tenemos desde 1913 a 1927 un aumento de la producción en 256 por ciento para cada establecimiento; en cambio se advierte en el mismo tiempo una disminución de 37 por ciento en el personal (en 1913 había 29.258 obreros que recibían salarios por 44.638.944,96 marcos; en 1927 no había más que 18.454 obreros que recibían en concepto de salario 36.083.528 marcos).

Y a pesar de constatar en todas las industrias un aumento de la productividad con un decrecimiento simultáneo de las fuerzas humanas necesarias, el actual presidente de los Estados Unidos, Hoover, asegura que los principales industriales de su país no producen más que del 36 al 71 por ciento de lo que podrían

producir. Constataciones de esa naturaleza llevaron a un ex ministro de Coolidge a sostener que el actual aparato de producción de la gran república del Norte se basta para abastecer de artículos manufacturados al mundo entero.

Aunque en realidad no sería necesario insistir sobre estos datos que nadie pone en duda, ni siquiera los adversarios más encarnizados de nuestras conclusiones, damos las siguientes cifras:

En la industria norteamericana del tabaco, tomando por base la cifra de 100 para 1919, la producción era en 1925 un 26 por ciento superior y el personal ocupado se había reducido a 87 y a 80. En 1927 la producción era de 144 por ciento y el número de los obreros ocupados había disminuido a 79,5. En la industria del automóvil la desproporción es más grande todavía, y es importantísima en la industria química, en la del hierro y el acero, en la de la madera, etc., etc.

¿Qué hacer? ¿Qué actitud asumir? Tenemos por un lado una capacidad de producción casi ilimitada, por otro una miseria proletaria creciente a causa de la desocupación crónica en dimensiones jamás conocidas y en intensidad insospechada. Tenemos por una parte, como se ha visto, un acrecentamiento del porcentaje de las ganancias del capitalismo, sea por el abaratamiento del costo de la producción, sea por la venta más considerable o por la defensa del nivel de los precios merced a los trusts cada día más amplios; por otra parte tenemos, por consiguiente, en conjunto, una reducción de la parte de los trabajadores en el producto de su trabajo. Tenemos por un lado una organización cada vez más vigorosa de las fuerzas capitalistas y reaccionarias y por otra una impotencia creciente de las organizaciones obreras y una tendencia a la desorganización y a la insolidaridad de clase que lleva a las más negras previsiones.

Nosotros hemos lanzado la consigna de una lucha internacional pro reducción de la jornada, que ha pasado a integrar el programa de acción inmediato de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Con esa reducción de la jornada nosotros queremos reintegrar al proceso del trabajo los millones de desocupados permanentes que pululan por el mundo. Esa reintegración tendría por resultado un ensanchamiento del mercado del consumo, en el que juega un papel principal la clase proletaria de las fábricas, los campos y las oficinas (la racionalización de la industria está borrando las

fronteras que existían entre los obreros y los empleados). Con la ampliación del mercado del consumo interno, se tendría por un tiempo una reanimación de la vida industrial, un equilibrio relativo por cierto período de años.

Como se ve, nosotros mismos no nos hacemos ilusiones sobre la consistencia de la jornada de seis horas; representaría un alivio pasajero; pero entre un alivio pasajero y la situación desesperante en que nos encontramos, preferimos aquél.

Sin embargo no resolvemos más que un aspecto del problema inmediato: el de la reintegración al proceso productivo de los millones de desocupados. Pero nos queda y posiblemente nos quedará por resolver el otro aspecto: ¿Cómo organizar la lucha contra el moderno capitalismo en pro de la conquista de la jornada de seis horas y en general en pro de todo el avance revolucionario?

Constatamos que las luchas sindicales tradicionales han perdido la eficiencia que tenían frente al pequeño capitalismo privado; para los grandes trusts, para las grandes empresas, la huelga, el boicot, el sabotage son armas de filo demasiado mellado. Y no siempre pueden esgrimirse siquiera, como nos lo evidencia la historia de los trusts norteamericanos y europeos donde la explotación del hombre por el hombre es extrema, tan extrema como la pasividad de las masas explotadas.

Se buscan nuevas formas de lucha, por ejemplo la organización internacional del proletariado por industria, a fin de estar en situación de hacer frente en toda la línea a tal o cual trust en conflicto, o se aspira a la protección benemérita del Estado. Lo primero se propicia por el sindicalismo revolucionario, lo segundo por el reformismo sindical. Ni una ni otra solución nos convence y las razones de ello están bien al alcance de todos como para detenernos en ellas.

Pero en líneas generales, recomendamos la organización del proletariado tanto desde el punto de vista de la producción como del consumo y su inspiración por ideales revolucionarios de superación del capitalismo y del estatismo. Y pensamos que una vez resuelto el problema de la conquista de la nueva reducción de la jornada, tanto teórica como prácticamente, tendremos despejado el camino teórico y práctico para la solución verdadera y definitiva del problema social, que está en la revolución igualitaria y libertaria de los que trabajan contra el parasitismo económico y político.

El capitalismo nos ha puesto ante un horizonte de escollos y de dificultades, ante la esfinge

misteriosa cuyas preguntas deberemos responder exactamente o sucumbir. Tenemos confianza en el porvenir, en la vitalidad y la inteligencia de los amantes del progreso y de la libertad; pero confesamos que, conmovida en nosotros la fe en el simplismo de los viejos métodos de lucha y las viejas soluciones, nos encontramos ante el horizonte aludido sin saber qué dirección tomar. En lo único que no vaciamos es en la bondad y la justicia del ideal perseguido: la supresión de todo dominio y de toda explotación del hombre por el hombre. Pero ¿cómo llegar a ese objetivo? Esta es la cuestión.

Para que la mayor capacidad productiva presente con la disminución de energías humanas necesarias un bien y no una maldición, será preciso que el instrumental económico pase de manos del capitalismo, privado o colectivo, a la sociedad entera. Entonces la máquina será amiga y colaboradora del hombre y del bienestar social, según la intención de sus primeros inventores. Mientras tanto no será sino un nuevo recurso para la explotación del proletariado y una nueva fuente de dominio económico y político para los privilegiados.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA 0.10**
 - Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION 0.10**
 - Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición 0.10**
 - P. Kropotkin: A LOS JOVENES**
L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? 0.10
 - D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición 0.10**
 - Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO 0.10**
 - Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO 0.10**
- De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

MAX NETTLAU

La prehistoria y la fundación de la Internacional (28 de septiembre de 1864)

La fundación de la Internacional fué tejida pronto por la leyenda, y los acontecimientos reales sólo se conocen incompletamente (1). Con más seguridad se puede extraer más o menos lo que sigue.

La crisis comercial de 1857-1858, la era de las guerras comenzadas en 1859 despertaron elementos del movimiento republicano-socialista y más vastos círculos obreros (huelgas y organizaciones). Tanto la política exterior como las condiciones del trabajo y del comercio, la era del libre cambio cobdeniano llamaron la atención de los obreros parisienses y londinenses algo avanzados: la conciencia de la independencia de cada país respecto de la situación de otros países se había sacudido para ellos. Para los obreros ingleses desde el tiempo del librecambio no le eran del todo indiferentes las condiciones de trabajo en el continente y los obreros parisienses vieron que la superioridad estética de París no mejoraba decisivamente su condición y que los obreros ingleses poseían ya algunas cosas que a ellos les faltaban.

La segunda huelga londinense de los obreros de la construcción (marzo de 1861) recibió manifestaciones continentales de simpatía, entre ellas una de los obreros bronceros de París, a cuyos jefes más activos pertenecía Henri Tolain. El Trades Council londinense constituyó el 10 de junio de 1860 recibió también una circular obrera de Nápoles (17 de diciembre de 1861), a la que se respondió en 1862 (2). El año 1862, de la exposición en Londres, produjo la visita de obreros parisienses a iniciativa de la parte bonapartista, una delegación a la que se adhirieron los obreros independientes de París dirigidos por Tolain, gentes que en su interior eran republicanos, socialistas, proudhonistas, pero que hacia fuera por el momento se sometían y conservaban dentro de ciertos límites su dignidad frente al imperio o creían conservarla. La recepción en Londres corrió a cargo del Working Man's International Welcome Committee, que se componía del comité de la revista mensual *The Working Man*, el mismo grupo que envió una diputación a casa de Herzen para saludar a Bakunin poco después de su feliz fuga. Era un ambiente socialista en donde sobresalían los partidarios de Bronterre O'Brien y el anarquista individualista A. Coston Cuddon; no es, pues, un milagro que los jóvenes jefes ambiciosos de las Trade Union quedasen bastante indiferentes ante el mitin de salutación en Free Masons Tavern el 5 de agosto de 1862 y no aparecieran allí como oradores, por moderados que hayan sido los discursos. En ese mitin... "expresó el señor Melville Glover, el traductor de los delegados franceses... un deseo de que se nombrasen comités de trabajadores para el intercam-

bio de informaciones, sobre la industria internacional. Esa proposición fué ardientemente acogida" (*The Working Man*, septiembre de 1862, páginas 225 a 230).

Sin duda una parte de los delegados conocieron a fugitivos franceses en Londres, que representaban todos los matices del socialismo autoritario de 1848 y del republicanismo más radical y que chocaron ante los obreros que vivían en París y que exteriormente se acomodaban por la fuerza a las condiciones existentes, con su mentalidad que llamaríamos de emigración. Por ellos conocieron también a belgas, alemanes, italianos, españoles (esto según Heligón y Murat); Eugéne Dupont, uno de los delegados, quedó desde entonces en Inglaterra. Pero en todo caso se convencieron los verdaderos jefes, como Tolain, de que esas relaciones con un ambiente londinense de socialistas o republicanos-revolucionarios ingleses y franceses, no tenían nada que ver con las verdaderas y propias organizaciones obreras, que le interesaban sólo como político ambicioso, y no las cultivó más. No puede establecerse si entró ya entonces en contacto personal con los jóvenes jefes sindicales, los Odger y Cremer o con el viejo jefe George Potter, ya entonces en decadencia, o si hacia 1862-1863 tuvo lugar entre París y Londres una correspondencia epistolar, pero apenas es probable en grado esencial. Pues las tendencias Tolain y Odger-Cremer tenían en la cabeza su propia política local, y las manifestaciones internacionales de simpatía eran para ambas mientras tanto sólo una exhibición.

Por eso es ocioso el problema de si el mitin del 5 de agosto de 1862 dió el impulso para la fundación de la Internacional: lo esencial es que nadie puso seriamente las manos en la cuestión, no siendo una circunstancia explicativa de esa inactividad la actuación local de ambas partes (3).

La situación precaria de los obreros textiles por la falta de algodón durante la guerra civil norteamericana (cotton famine) y la propaganda hecha en todas partes por los polacos en pro de la intervención de la Europa occidental, una agitación que los admiradores de Mazzini y Garibaldi veían con gusto, que era también para los gobiernos — por poco que pensarán en una intervención efectiva, — un apoyo no inoportuno frente a Rusia, — eso llevó a relaciones que Tolain anudó esta vez con trade-unionistas, dejando a un lado los socialistas de 1862, un grupo política y orgánicamente impotente. El primer gran mitin por los polacos en St. James Hall, el 28 de abril de 1863, fué sólo inglés; para el segundo, el 22 de julio, fueron invitados los franceses; el conde Zamoyky presentó a Tolain al mitin, que deseó una acción unitaria en favor de los polacos.

Después de ese mitin los franceses se reunieron privadamente con los ingleses (por ejemplo en Bell Inn) y entonces se deliberó sobre la instauración de relaciones permanentes. Potter, Collett (del *Working Man*), Odger, E. Dupont son nombrados por Fribourg en 1871; en el *Times*, 27 de octubre de 1871, escribe un anónimo, en todo caso Eccarius, que Odger fué comisionado para presentar un proyecto. Pero el tiempo era demasiado corto y se armonizó sólo en principio. Odger habló de la necesidad de poner fin a las intrigas diplomáticas, de la paz y de la defensa del trabajo contra el capital; los franceses propiciaron la concentración temporal de todas las fuerzas para la liberación de Polonia. El comité elegido, W. R. Cremer, T. Grant Facey (4), C. Goddard, G. Odger, comisionó a este último para la redacción de una circular a los obreros franceses.

Aquí viene bien una carta de Tolain a Le Lubez, 14 de febrero de 1865, que encontré entre los papeles de P. Vésinier (*Dok. d. Soz.*, V, pág. 326-328): "...Al St. James Hall Meeting en favor de Polonia fueron seis obreros (5) parisienses a Londres y se reunieron después del mitin con trabajadores ingleses, entre ellos los señores Odger, Cremer, Fassey o Facey, hoy secretario de la Liga (Universal League). Nuestro amigo G. Jourdain puede atestiguar esto; él estuvo con nosotros y nos sirvió de traductor" (6).

"El próximo día (23 de julio), usted mismo, señor Le Lubez, se puede recordar de habernos hallado hablando con Potter en casa de Lardaux (7) por intermedio de nuestro amigo Bocquet (8). Por ambas partes se exteriorizó el deseo de establecer entre los obreros de ambos países relaciones permanentes, y se convino en realizar ese proyecto..." (9).

Pero tan sólo el 10 de noviembre fué presentada en Bell Inn al Comité la circular redactada por Odger y aprobada: *Address of English to French Workmen* (*Beehive*, Londres, 5 de diciembre de 1863; Rjasanoff, pág. 137-139); es firmada por Thomas Grant Facey, Cremer, Goddard, John Eglinton y G. Odger. El positivista profesor Edward Spencer Beesley la tradujo y G. Jourdain la llevó a París. Como participantes en la reunión del 10 de noviembre se cita también a Nieass, Graham, Ackell y R. Applegarth (*Beehive*, 14 de noviembre; Rjasanoff, página 137).

En esa circular se dice: "...Os exhortamos a la fundación de la fraternidad de los pueblos. Convoquemos una reunión de representantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Polonia y de todos los países en donde existe la voluntad del trabajo común para bien de la humanidad. Convoquemos nuestro congreso para la discusión de los grandes problemas de que depende la paz de los pueblos"... Se alude a la importación capitalista de fuerzas de trabajo baratas, que hace posible la carencia de ente internacional entre los trabajadores. Igualmente se refiere a los crímenes gubernativos contra la república romana, Suiza (Neuchatel), México, China (la guerra del opio)... "Por eso nuestra consigna es — fraternidad". Formemos una firme unión con todos los que aspiran a la paz y a la libertad, al desarrollo productivo y a la dicha humana en toda la tierra... "Decimos con vosotros: dirijamos nuestro primer esfuerzo común a la libertad de Polonia"... (10). (Se piensa aquí en las peticiones a los gobiernos). "Debemos hacer esto para vencer las astucias de la diplomacia secreta, ese azote de los pueblos, — de lo contrario comienza de nuevo su juego infernal, conduce los nobles hijos de Polonia

a la muerte, entrega sus hijas a la soldadesca brutal como botín y transforma otra vez ese país en un enorme matadero para eterna vergüenza e infamia del mundo civilizado".

La carta de Tolain continúa así: "...Algún tiempo después (¿noviembre o diciembre de 1863?) fué comisionado nuestro amigo G. Jourdain, que vino a Francia, por los obreros ingleses para entregarnos una circular. Cuando los amigos fueron reunidos y se leyó la circular, se resolvió responder con la propuesta de un gran congreso obrero".

"Poco después vinieron las elecciones del 20 y 21 de marzo (1864) y el movimiento electoral en el que conocimos al señor Lefort (es decir en febrero de 1864?) y eso nos impidió perseguir más inmediatamente el proyecto de congreso"...

Desde esa época escribió Le Lubez (sin fecha; adjuntando probablemente una carta del 25 de febrero de 1866; *Dok. d. Soz.*, V, pág. 325-326): "Pasan seis meses, ninguna respuesta (noviembre a abril de 1864 quizás?). Las elecciones; la candidatura obrera, pues Lefort creyó que Tolain era tan leal como inteligente. Lefort pone a Tolain en primera línea, a pesar de todos los peligros, publica con él el manifiesto de los sesenta, sin que aparezca nunca su nombre (de Lefort), es arrestado, maltratado, la policía desgarró su indumentaria, etc. Obtiene los nombres de Laurent Pichat, de Deñescluze y otros para ese Tolain, que no habría llegado nunca a tanto solo. En una palabra, se sacrifica por la causa de los obreros que creía personificada en Tolain. Obtiene 400 y pico de votos, con los que Lefort estuvo satisfecho, pues al fin se había echado una base"... (11).

La carta de Tolain continúa: "...Al finalizar las elecciones (20 y 21 de marzo de 1864), en la asamblea convocada para rendir cuentas, propuse a los amigos presentes leerles la respuesta a los trabajadores ingleses que había sido comisionado para preparar. El señor Lefort, que estaba presente y que no había tenido hasta entonces ningún conocimiento del asunto, preguntó de qué se trataba; se le informó, se le dió cuenta del proyecto de congreso, lo aceptó con placer y como debía dirigirse justamente

NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Para qué prepara usted esos terribles venenos?
—Para que se pueda en el más breve espacio de tiempo liquidar centenares de miles de hombres, mujeres y niños.
—¿Y con qué fin eso?
—Para honra de dios y gloria de la patria.
El gato con botas: Eso no lo entiendo.

a Londres deseó ser portador de nuestra respuesta. Le dimos esa respuesta, así como la dirección de los señores Potter, Bocquet y Jourdain y así comenzó la actividad del señor Lefort”...

Le Lubez cuenta esto de modo muy distinto: ... “Después de las elecciones supo Lefort que los obreros franceses tenían que responder a una carta o a una “Circular” de los obreros ingleses; entonces concibió Lefort la idea de fundar una asociación internacional, y eso sólo porque yo estaba en Londres (12). Se dijo: mis amigos Denoual (de St. Malo) y Le Lubez están en Londres; el último tiene que conocer los demócratas ingleses, librepensadores; habla los dos idiomas; como masón tiene que conocer también algunos adeptos de otra nacionalidad; me voy a Londres”. Vino a vernos (a Denoual y Le Lubez) en 4 New Cross Road, me informé de sus ideas y me dejó la tarea de elegir los miembros fundadores. Los obreros de París le habían indicado a Potter, redactor del *Beehive*, un jesuita que se ha vendido siempre” (13).

Sobre ese viaje — abril de 1864 — escribió Lefort en el *Rappel de Paris*, 3 de julio de 1870 (Rjasanoff, nota 136) que había sido delegado por un grupo parisiense de obreros “para llevar a Londres la proposición determinada de una asociación internacional”... “Fuí introducido por mi amigo Le Lubez, que me servía de traductor, en una asamblea obrera inglesa bajo la presidencia de Odger... La lectura de la circular de los obreros de París (por Tolain; v. más arriba) fué aclamada y tomada en consideración”...

Entonces pasaron cinco meses, de abril a septiembre de 1864, en los que Le Lubez actuó en Londres preparatoriamente — según su descripción”... “Necesité cinco meses para descubrir a los buenos obreros, ingleses, polacos, alemanes, italianos, suizos, etcétera” (14). En París comenzó ya la tirantez de las relaciones con Lefort, sobre lo cual Tolain escribió en su carta que... “después de su regreso a París (abril), dado que creyó ver que no procedíamos según su modo de ver bastante rápidamente, catorce días después cesó de venir a nuestras asambleas”... Se decidieron cotizaciones (25 céntimos por semana según Fribourg, pág. 11) para el viaje de los delegados a Londres... “Como el señor Lefort no vino fué comisionado nuestro amigo Perrachon para visitarle y comunicarle que estábamos dispuestos para el viaje. Le prometió escribir al señor Le Lubez a fin de ponerle al tanto. Pasaron catorce días sin respuesta; nueva visita de Perrachon, a quien Lefort responde: “A causa de sus dilaciones creyeron los ingleses que ustedes atribuían muy poca importancia a la cosa y cambiaron de opinión en relación al mitin público; serán recibidos sólo en familia por los miembros de la asociación obrera”.

“Recepción pública o no, estamos dispuestos”, se le respondió. “Bien, escribiré y les presentaré la respuesta”. Al fin, después de un nuevo y último ensayo de Perrachon, nos hizo saber el señor Lefort que tendría lugar un mitin público y que éste se había fijado para el 28 de diciembre”... El *Beehive* anunció el 17 de septiembre ese mitin (v. Rjasanoff, página 149).

Esas exposiciones irritadas muestran que en ninguna de las partes se apresuraron singularmente, que Lefort quizás porque la fundación no se llevó a cabo ya en mayo, perdió la paciencia, que en París no se tenía ninguna relación especial con Londres, ya que Perrachon fué enviado siempre a Lefort, etc.

hasta que la constancia de Le Lubez por fin produjo el mitin del 28 de septiembre.

Antes de la partida de los delegados Tolain, Perrachon y A. Limousin “deseó (Lefort) — escribió Tolain — una entrevista con los tres delegados para proponerles un proyecto de organización. Los tres delegados se reunieron. El señor Lefort nos leyó el discurso que han leído por él en el mitin (15), pero ni una palabra del proyecto de organización, no había tenido tiempo. Usted, señor Le Lubez, se acuerda sin duda de que al día siguiente nos quedamos en la mesa del señor Denoual para hablar de esa organización antes de ir a la cita con los obreros ingleses. Lo que hemos hecho juntos en Londres, lo sabe usted”...

De esa deliberación sobre la forma de organización — o de deliberaciones ulteriores de los franceses y los ingleses — debe haber surgido lo dicho por Le Lubez en St. Martin's Hall sobre la forma de organización, que tengo ante mí escrito por Le Lubez — citado en *Dok. d. Soz.* V, pág. 328-329 — y que se puede leer mejor estilizado en el informe de *Beehive*, 1 de octubre. El manuscrito dice: ... “Su plan de organización es el siguiente: una comisión central compuesta por obreros de distintos países que viven en Londres es elegida y celebra sus sesiones en Londres; — otras subcomisiones son instaladas en las capitales y ciudades importantes de Inglaterra y de Europa. El comité central debe elegir motivos de discusión, que los subcomités examinan al mismo tiempo y sobre los cuales informan, y el comité central debe publicar en diversos idiomas las opiniones expresadas y los resultados obtenidos de todos los comités y subcomités. El año próximo son delegados representantes de todos los países que tomaron parte en esas deliberaciones para reunirse en Bélgica y celebrar el primer congreso”...

La respuesta leída por Tolain es probablemente la redactada por él, llevada por Lefort a Londres en abril, que respondía a la circular de Odger de noviembre de 1863 leída por este. La declaración de Tolain (Rjasanoff, pág. 157-159) observa entre otras cosas: ... “El trabajo es la ley de la humanidad, la fuente del bienestar público, la base legítima de la propiedad privada. Tiene que ser sagrado y libre y sólo puede llegar a serlo por la solidaridad”... y concluye: ... “Salvémonos por la solidaridad”. La resolución, propuesta por Wheeler, apoyada por William Dell, declara que el programa de los franceses “es aceptado como base de una asociación internacional y que para ello se nombra un comité que está facultado para aceptar nuevos miembros, para proyectar las reglas y reglamentos de tal asociación”. — En pro de esa resolución hablaron Eccarius (16), el representante de los mazzinianos, un mayor Wolff, Bocquet y Forbes. Luego se clamó la resolución y se nombró el Comité. No se sabe si estaba preparada una lista total o si fueron añadidos los diversos nombres.

Los nombres son: Blackmore, Whitlock, Peter Fox, Nieass, Noble, Hartwell, Gray, Stainsby, Weston, Cremer, Worley, Pidgeon, Lucraft, Longmaid, Le Lubez, G. W. Wheeler, Leno, Domenico Lama, Eccarius, Trimlett, G. Howell, Jules Denoual, Shaw, Shearman, Osborne, Richardson, Facey, Goddard, Shearman, Osborne, Richardson, Facey, Goddard, Kethrik, Bocquet, mayor Wolff, Dr. Marx.

Aquí aparece por primera vez el nombre de Marx, a quien el 2 de noviembre por primera vez habla Engels de la Internacional. Un cierto Le Lubez le

había visitado, invitado y pedido un orador alemán. Marx nombró a Eccarius, con cuyo discurso estaba contento; él mismo estaba en la plataforma. La carta de invitación de Cremer se ha conservado también (Rjasanoff, pág. 152-153). — Una carta de Eccarius a Marx, del 26 de septiembre (pág. 152) es importante porque Eccarius constata que ha recibido el 25 de Odger informes para él oscuros sobre el mitin en donde debía hablar, y pregunta a Marx si este ha sabido algo más exacto quizás de los franceses sobre su programa. Esto demuestra que Eccarius hasta entonces había estado fuera del círculo preparatorio y lo mismo sabía de Marx, si es que los delegados franceses, — que estaban ya entonces en Londres — no lo habían visitado (17). Es incomprensible que Rajasoff, a pesar de todo lo mencionado aquí, que también es conocido exactamente por él, continúa aceptando alguna participación de Marx en la preparación de la fundación de la Internacional. Lo probable es que Marx haya causado una fuerte impresión sobre Le Lubez en su visita, y que el joven socialista vió en él un precioso contrapeso socialista contra la gran cantidad de trade-unionistas ingleses en el Comité, de los cuales el profesor Beesly, el presidente del mitin del 18 de septiembre de 1904 pág. 155 escribió que ninguno de ellos era socialista, que la mayoría se habrían asustado si se les hubiese llamado socialistas y que su verdadero objetivo era imposibilitar una legislación antisindical. Que Marx desde el primer momento apareció allí una fuerza preciosa, está claro; pero que — como casi todos — no movió un dedo para contribuir a la fundación de la Internacional, está también documentalmente probado.

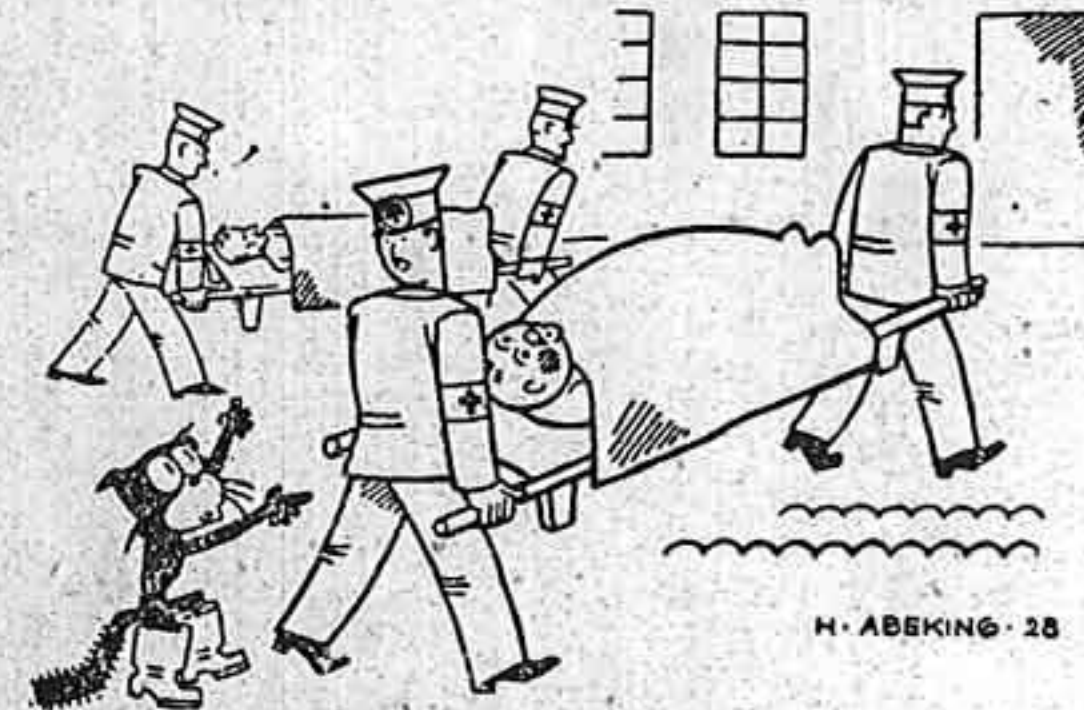
Es indecible cuán grande indiferencia dominaba en todas partes — se quiere ayudar en julio de 1863 a Polonia, se escribe en noviembre una Circular, se le responde en abril de 1864 y se leen ambos escritos el 28 de septiembre de 1864, cuando ya no se podía ayudar a Polonia. El único que llegó al pensamiento de obrar un poco más rápidamente fué Henri Lefort en abril de 1864, y el único que durante meses se esforzó lo que pudo realmente en Londres fué Le Lubez — casualmente fueron también los primeros ex-

pulsados de la Internacional. Y en todo eso no se trataba de ningún modo de dificultades para la difusión de la idea de la sociedad en las grandes masas, — no, se trataba completamente de personas que estaban en su organización hacía tiempo en primera línea, socialistas y demócratas probados. Cada cual actuaba en su círculo y en general mucho, pero la nueva idea — por muchos estímulos internacionales y realizaciones ocasionales que le hubieran precedido, — era sin embargo bastante indiferente a los dos círculos principales, los políticos de las trade-unions y el grupo de Tolain, e hicieron falta la impaciencia de Lefort y el celo socialista de Le Lubez para impedir el adormecimiento de la cuestión y darle un germen socialista que no era particularmente cómodo ni a los trade-unionistas ni al grupo de Tolain. El que observa esto y vé después cómo desde el día de la fundación, en tanto que Marx está en el asunto, llega otro viento a la cosa, no puede imaginarse una participación por mínima que fuera de Marx en el largo período de languidecimiento desde Bell Inn, 23 de julio de 1863 a St. Martin's Hall, 28 de septiembre de 1864.

Esto no significa que la idea de la Internacional no fuese oportuna. Al contrario, apenas fundada, por su solo nombre ya, disfrutó de prestigio, fué la alegría y el ancla de la esperanza para el socialismo que despertaba en todas partes. Lo desconsolador fué sólo que se vaciló tanto tiempo que la idea expresada ya en 1862 tan sólo fué realizada en 1864 por la sola razón de la indiferencia íntima de ciertos jefes que probablemente pensaron sin embargo que, el internacionalismo podía perjudicar su carrera fundada en los éxitos políticos locales. Esas personas no cambiaron después de la fundación de la Asociación y fueron adeptos que se convirtieron pronto en un obstáculo para el espíritu socialista, y con mucha mayor razón para el espíritu anarquista, que se agitaba cada vez más fuertemente y que creyó hallar en la Internacional un hogar, lo que esas gentes le impidieron según sus posibilidades.

Marx fué algún tiempo el sostén del socialismo en la Internacional, en la que sin embargo introdujo simultáneamente gérmenes de la escisión que castraron el espíritu internacional y socavaron y destruyeron prematuramente la organización.

NOVEDADES DEL GATO CON BOTAS



—¿Por qué llevan a éste al hospital?

—Porque ha comido demasiado.

—¿Y aquél otro?

—Porque ha comido demasiado poco.

El gato con botas: ¿No pueden equilibrarse los hombres? ¡Eso no lo entiendo!

(1) Todo el material accesible a la más intensiva investigación especial lo ha reunido N. Rjasanoff en “El surgimiento de la primera Internacional”, en ruso en *Archiv K. Marksa i F. Engelsa*, I, 1924, pág. 105-108; no sé si la traducción en *Marx-Engels-Archiv*, I, (Frankfort, 1926) contiene ampliaciones. Un resumen es el artículo de Rjasanoff en *Int. Press-Korrespondenz* (Viena), 22 de septiembre de 1924, pág. 1631-4. Veo por esto que el material epistolar íntimo, que yo presenté en los *Dokumenten des Sozialismus* (Berlín), julio y agosto de 1905, en el trabajo “Para la prehistoria de la Internacional”, pág. 324-9, 373-77, y completado por el material procedente de Henri Lefort en *Le Parti républicain au coup d'Etat et sous le second Empire* (París, 1906) de J. Tchernoff y no conmovido por la correspondencia de Marx y Engels, en 1912 — que ese material no es esencialmente completado o refutado tampoco ahora.

(2) Rjasanoff, nota 48, duda de este dato de G. Howell en *The History of the International Association* (Nin. Century, julio de 1878, pág. 19-39), duda que yo no comparto. Estaba enteramente en el espíritu de Mazzini la inspiración de tales manifestaciones no obligatorias.

(3) En la International Labour Union, a la que pertenecían algunos de los miembros más conocidos de la Internacional, sostuvo Hermann Jung el 20 de marzo de 1878 que la A. I. T. se remonta a la visita de delegados de 1862, mientras que Eccarius el 13 de marzo la hacía remontar a la simpatía por Polonia, que condujo en 1863 a una Alianza de los obreros franceses e ingleses para fines políticos y sociales (v. mi artículo: "Un eco olvidado de la Internacional: The International Labour Union (Londres, 1877-78)" en *Archiv f. d. Gesch. d. Soz.*, IX, pág. 134-145; 1919).

(4) Rjasanoff, a quien tomo el pasaje del *Time*, da los nombres en ruso, pero en texto inglés Cremer, J. Eglinton y Odger (*Arch.* I, pág. 135 y nota 121).

(5) Por Fribourg, 1871, pág. 10, se conoce además el nombre de Cohadon, conocido del movimiento cooperativista.

(6) Un fugitivo revolucionario que firmó por ejemplo la publicación ruidosa de Flix Pyat, *lettre á le Reine d'Angleterre*, firmada "le comité de la Commune révolutionnaire, Félix Pyat, Rougée, G. Jourdain, Londres, 22 de septiembre de 1855, 15 págs. 16°.

(7) F. D. Lardoux, refugiado, propietario de un pequeño restaurant en 4 Old Compton Street, Soho; muerto el 22 de mayo de 1866 (v. Le Lubez en *The Commonwealth*, 26 de mayo y 2 de junio de 1866).

(8) Un refugiado sobre el que "*Le cas de M. J. B. Bocquet*" de Jules Dumésnil (París, sin fecha; 1884) contiene noticias biográficas.

(9) Así se testimonia de tres deliberaciones: 1. en una house public después del mitin en Long Acre, tal vez la Freemason's Arms; 2, el día próximo en casa de Lardoux, Old Compton Street; 3, la noche próxima en Bell Inn, Old Bailey, otra comarca de la ciudad (según Eccarius); — una primera deliberación, debates durante el día y una sesión donde se tomaron resoluciones por la noche, una conducta muy probable. — En el mitin tomaron parte también una delegación polaca y el refugiado del Palatinado de 1849, Wilhelm Weber como orador, este último un socialista que cayó en agudo conflicto pronto con Marx.

(10) Estas palabras demuestran de nuevo que los franceses habían puesto eso en primer plano, mientras que los ingleses pensaban ante todo en acuerdos contra la concurrencia obrera extranjera e idénticos problemas de intereses obreros.

(11) Henri Lefort (1835-1917) era un hombre de confianza de las grandezas republicanas, hacia los que, entonces su verdadero objetivo, trataba de llevar a los obreros, en pro de los cuales se agitaba mucho entonces el bonapartismo. Por eso se manifestó algo propicio Delescluze y otros enemigos del socialismo a la candidatura obrera; v. también la carta de Etienne Arago a F. D. Bancel, 14 de marzo de 1864 (Tchernoff, 1906, pág. 409). — Naturalmente Tolain penetró esa política y remó entre bonapartistas y republicanos con habilidad personal, pero, como lo evidencia su evolución ulterior, sin verdadera firmeza de carácter.

(12) Esto está inhábilmente expresado y refleja también la propia vanidad de Lefort y de Le Lubez. Objetivamente significa que Lefort vio probablemente que todo el asunto, esa correspondencia con tantos meses de intervalo se tomaba demasiado amortiguadamente y que la buena idea necesitaba una personalidad activa para llevarla adelante, y tal personalidad era para él Le Lubez, procedente de Normandía, crecido en Jersey y conocedor del inglés y del francés; lo había conocido en Jersey siendo refugiado; allí, en el círculo de Pierre Leroux, de Philippe Faure (v. su *Journal de un Combattant de Février*, Jersey 1859, VII, II, 256 págs., 8.º y sobre él *La Revolution de 1848*, N.º 17, 1907, pág. 308-329) se hizo socialista y era, según su naturaleza, muy activo o estaba muy ocupado en Londres en los círculos socialistas,

republicanos, librepensadores y en la logia masónica radical La Concorde.

(13) Este juicio no es demasiado duro; Potter era un político de negocios, a quien Odger, Cremer y sus compañeros tuvieron que sacar entonces de su posición paralizadora del movimiento sindical; v. Rjasanoff, pág. 140-2 — Esto demuestra que Tolain entonces estaba muy indiferentemente informado todavía, y que en Londres todo el trabajo estaba por hacer.

(14) Las logias masónicas, Grande Loge des Philadelphes y la Concorde, que a causa de su no reconocimiento de dios no fueron reconocidas por la gran logia inglesa, contaban entonces como miembros socialistas de los diversos países y por ellas o por el consejo de sus miembros conquistó Le Lubez los miembros socialistas del futuro consejo central de la Internacional, un núcleo de socialistas convencidos que contrapesaron al trade-unionismo y al demócratismo apenas socialista o nada socialista de la mayor parte de los miembros ingleses.

(15) Está impreso en *Bechöve*, 22 de octubre de 1864 (también en Rjasanoff, pág. 159-61). Constata cuanto llama la atención a los franceses en Inglaterra la libertad, a los ingleses en Francia la igualdad; pero... ¿Qué es la libertad sin la igualdad? Un cuerpo sin alma o un alma sin cuerpo"...

(16) Su nombre se encuentra ya en un manuscrito inglés intitulado "Programa", que establece exactamente la sucesión de los oradores, de los coros de canto, etc. A su dorso lo escrito por Le Lubez sobre la forma de organización. He citado el documento en *Dok. d. Soz.* v. pág. 328; demuestra la organización estricta del St. Martin's Hall Meeting, en donde no se había dejado nada al azar o a alguna iniciativa.

(17) También F. Lessner cuenta que la Sociedad obrera alemana fué invitada por los ingleses que deseaban que fuese Marx también; la Sociedad envió a Lessner a casa de Marx, y Lessner dió a Marx algunas informaciones y entonces éste se mostró dispuesto a visitar el mitin (*Deutsche Worte*, Viena, abril de 1898, pág. 156).



Un volumen en rústica . . . \$ 1.20
Encuadernado en tela . . . „ 3.50

PAUL GILLE

Notas sobre la cultura moral en la escuela

NOTA III. — SABER VIVIR Y DOCTRINARISMO MORAL (1)

Tengo el sentimiento de deber decir que no podría, por mi parte, asociarme a los puntos de vista expuestos por el señor Daumers en el manifiesto que nos propone como resumen de todas las opiniones emitidas y defendidas aquí. Estoy apenado al tener que contrariar a alguien a quien estimo. Pero estos puntos de vista no cuadran de ningún modo en las que han dictado las notas que he vertido en los debates. Me es, pues, imposible lealmente suscribirlas, ni siquiera de un modo tácito.

El *solidarismo*, en que se inspira el señor Daumers, ha sido el objeto de numerosas críticas bien fundadas. No quiero citar más que las formuladas por C. Bouglé en su juiciosa obra *Solidarisme et libéralisme* y las que le ha hecho el malogrado B. Jacob en el capítulo que consagra bajo el título *Justice et solidarité* en su notable volumen intitulado *Devoirs*. Esos dos exámenes de la cuestión por espíritus avisados y de buen sentido son ampliamente suficientes para motrar hasta la evidencia los defectos del sistema.

"¡Solidaridad universal!... ¿Debo, pues, ser solidario de toda la naturaleza?", objetaba un día un individualista, cayendo en el exceso opuesto. En efecto, ¿haremos como el budhista que, en nombre de esa solidaridad sincretizada, respeta su gusano? ¿Respetaremos también al tigre que quiere comernos? ¿al bandido que nos asalte? ¿al microbio que ataque nuestra vida?... No, no confundamos. No confundamos con el sincretismo budhico y la inconsciencia infantil, ésto y aquéllo. No confundamos la solidaridad natural, la solidaridad de hecho, la unidad de la naturaleza del mundo, y el deber — condicional — de solidaridad; y no olvidemos que la solidaridad sin justicia, la solidaridad ciega, no es más que la estupidéz con frecuencia malhechora y condenable!

En una palabra, sin buscar principios absolutos — que son siempre falsos, porque son absolutos — sin apegarnos a un sistema que sería siempre erróneo porque sería simplista, — apliquémonos, como se decía aquí el otro día, a destacar y a definir "el tipo del hombre honesto en el siglo XX", o mejor, diría por mi parte, el tipo del hombre realizado.

Ese tipo, una vez más, ese tipo del hombre realiza-

do — que se me excuse la insistencia — es la antropología sintética la que nos lo proporcionará.

NOTA IV.

(Nota depositada por Paul Gille en la reunión del 22 de junio de 1918).

Antes de despedirme de nuestro grupo por un tiempo sin duda bastante largo — porque a mi regreso nuestras sesiones estarán suspendidas por las vacaciones — quisiera, dadas las observaciones que se hicieron con motivo de las comunicaciones que tuve el placer de depositar aquí, agregar algunas precisiones a la exposición, forzosamente incompleta y sumaria, de las dos ideas maestras a las cuales me he referido. Sé bien que nuestro colega Bouché, exigiendo la prioridad, ha declarado, con una hermosa energía, que se oponía a toda discusión que calificaba de "doctrinal", en tanto que su trabajo no haya sido examinado. Pero quiero creer que mi comunicación es con mucho anterior a la suya (puesto que data de hace más de dos años) y pienso que esa sola observación bastará para apaciguar su legítima susceptibilidad y para hacerle aceptar como justificada y oportuna esta nota explicativa.

Procedamos por orden:

1. — Lo que hay que entender por enseñanza de la antropología sintética.

El señor Bouché, precisamente, decía en nuestra última sesión que, para él, no había diferencia entre lo que yo llamaba "antropología" y lo que él y otros llaman "psicología": ¡dos palabras para una misma cosa!

¡Y bien! — que el señor Bouché me perdone — ese es un error. La psicología no es más que un capítulo accesorio de la antropología sintética (y es preciso además que se trate de psicología humana). Lo que importa dar al niño, al hombre, es el sentimiento esclarecido, el sentimiento fundado de su dignidad de hombre, es decir, — si no queremos caer en la fantasía metafísica y en la doctrina pura, si no queremos hundirnos en el dogma laico, — un conocimiento suficiente del porvenir de su especie, de su propia historia natural, de su naturaleza profunda y de sus virtualidades psicológicas, a fin de

que tome de ella la conciencia de su nobleza nativa y la altivez justificada de un ideal vigoroso.

Lo que yo entiendo así por antropología sintética — lo que he dicho ya antes de que el señor Bouché formase parte de nuestro grupo, — es, según la etimología de la palabra, la ciencia del hombre, el estudio de la naturaleza humana, — de la naturaleza humana en su desarrollo, porque no hay "naturaleza" inmutable, esencia en sí. Y he citado, para fijar las ideas (sin más) al respecto, el libro de Büchner, *El hombre según la ciencia*, el opúsculo de Manzoni, *Historia natural del hombre*, los trabajos de mi eminente amigo Sergi, director del Museo de antropología de Roma, etc., etc.

Esto respecto de mi primera proposición, de mi primer voto. Pasemos ahora a mi segundo voto, que es su complemento, su consecuencia.

2. — La cultura del saber vivir.

Ante todo ¿por qué ese término "saber vivir" que tiene, se nos dice, un vago contenido de hipocresía y de remilgos mundanos? Porque no hay otro que diga bien lo que él quiere decir. No porque la mayoría de las gentes ignore la lengua que emplean y falseen el valor de las palabras de que se sirve, debemos renunciar a emplear esos vocablos, a utilizar esa lengua, en su sentido verdadero y profundo. La palabra "saber vivir" tiene un sentido preciso, un sentido etimológico y lógico, un sentido consagrado que ninguna otra palabra, que ningún otro vocablo traerá.

Se tiene la expresión "el arte de vivir", que le es próxima. Pero implica ya un espíritu más complicado, más estudiado, un sentido más consciente, más querido, y el matiz que las separa es notable.

¿Diremos "cortesía"? Pero esta palabra no engloba más que una parte restringida del dominio de la conducta; y además, en ese dominio especial de las relaciones interhumanas, su estrechez de sentido ¿no justifica la palabra de La Bruyère: "cortés y frío como el mármol"?

No, en una lengua bien organizada, bien evolucionada, bien diferenciada y afinada, como es nuestra admirable lengua francesa, a la vez tan rica y tan matizada, no existen sinónimos verdaderos; no hay más que analogías, parentescos, y una palabra no sustituye nunca exactamente a otra.

Dicho esto, ¿cuál es el alcance del punto de vista propuesto?

Ante todo, toma al niño desde la cuna para seguirle hasta su mayoría de hombre. Realiza la unidad de la educación, liga las etapas, los capítulos, los procedimientos particulares y momentáneos, en una concepción sintética, orgánica, en una idea de con-

junto, fuera de todo dogma, fuera de todo sistema, siempre dogmático.

Da al problema su verdadero aspecto: un aspecto simple — y práctico. Descarta todos los vanos raciocinios metafísicos, todo el vano vocabulario de las grandes palabras vacías, toda la fraseología malhechora, nefasta, que embrolla y oscurece pomposamente los problemas más claros.

Indica la forma a dar a la acción educadora, a la acción moralizadora, desde el comienzo, desde la primera edad. Y esa forma, lecciones de saber vivir — será, no capital; para quien sepa dedicarse a ella, de naturaleza como para interesar al niño fisiológicamente, por decirlo así, en su sentimiento natural de dignidad, de altivez, en su amor propio instructivo y legítimo, en su deseo íntimo de nobleza y de superioridad. No capital, lo repito, y piedra de toque de su valor pedagógico.

Esa es toda la moral, toda la moral práctica, libre de todas las monstruosidades sobreañadidas, limpia de toda la ganga de las locuras seculares que encierra esa palabrita tan sencilla, tan al alcance de todos, de "saber vivir". ¿No implica, no indica, para el espíritu más obscuro como para el filósofo y el naturalista más avisado, los deberes de la sociabilidad, el altruismo, la preocupación por los otros, al mismo tiempo que el respeto a uno mismo, es decir, toda la gama de los deberes del hombre digno del nombre de hombre?

Me recuerdo en todo caso que, por mi parte, de las "lecciones de cortesía" de mi infancia, me ha quedado grabado en el espíritu este doble principio que está en la base de toda moral sensata:

*No hagas a otro lo que no quieras que se te haga.
Haz a otro lo que quieras que se te haga.*

CONCLUSIONES

El método catequético, el método a priori, que conviene a la moral teológica, — autoritaria y terrarista, — como a toda moral dogmática, no conviene a la moral de la dignidad humana, moral natural y orgánica, psicológica, no impuesta.

Porque no se trata de enseñar la moral — sin eficacia práctica, — sino de formar efectivamente el carácter, el espíritu, el alma, — es decir la moral.

No es, pues, una simple cuestión de instrucción religiosa en cuanto a las voluntades divinas, ni de dogmatismo, cualquiera que sea, es el arte mismo de la educación lo que está en juego, para los espíritus emancipados, y la cuestión del método se plantea como un problema científico, como un problema psicológico en toda su complejidad.

La idea de dios, la imagen hipnótica de la divinidad, es el punto de apoyo, el núcleo orgánico, el principio vivificante de toda la disciplina religiosa,

que saca de él su unidad y su fuerza. ¿Por qué realidad reemplazaremos nosotros esa ilusión? ¿De dónde sacaremos la idea madre, la idea viviente, de dónde sacaremos las imágenes motrices indispensables a una disciplina efectiva, a una moral que no sea letra muerta o palabra vana? No puede ser más que de la antropología, de la historia natural del hombre, de la ciencia reveladora de la dignidad humana. Recordemos aquí las palabras de Feuerbach: "Dios ha sido mi primer pensamiento; la razón, mi segundo; el hombre, mi tercero y último".

Sustitución de las teologías y del doctrinarismo moral por la antropología, tal es, pues, para los no creyentes, el objeto a alcanzar ante todo.

Se trata, pues, de crear una enseñanza antropológica, que será para los librepensadores conscientes, lo que el curso de religión es para los creyentes. El "catecismo", será el manual de antropología apropiado a la edad de los alumnos.

Ese curso de antropología coronará naturalmente los cursos de historia natural. Su puesto está indicado allí.

Será la enseñanza moral por excelencia. Obrará

por inducción, según el método científico — y no por el método dogmático. Dará al niño el sentimiento primero, después la conciencia cada vez más clara de la dignidad humana, de su propia dignidad de hombre. ¿Y no es esa la esencia, el alma de toda la moral humana?

El dogmatismo, en efecto, reducido a sí mismo, es siempre estéril. La moral no se enseña, se sugiere. ¿No es la mejor prueba de ello el terrorismo religioso?

El método inductivo se impone, pues. El todo es adquirir conciencia de él y aplicarlo conscientemente, integralmente — de modo que al lado y por encima de las mil pequeñas inducciones ocasionales de la experiencia cotidiana, al lado y por encima de las mil sugerencias dispersas de la lectura, de la imagen y del ejemplo vivido o relatado, se coloque la inducción sintética, la inducción científica que, al coordinar el conjunto dará al niño, con la plena conciencia de su dignidad de hombre, la brújula moral indispensable a la dirección de su vida.

(1) Véase el número 302, págs. 143-45.



IV

EL CAPITAL

"El primer hombre que circundó de obstáculos la tierra y dijo: esto es mío, destruyó la propiedad común y creó la propiedad individual, es decir el capital.

Antiguamente, el capital era el rey absoluto, dueño de vida de los propios súbditos, era el feudatario, el príncipe, el barón, el clero.

Con la revolución francesa (1789) el gobierno — es decir el monopolio de la libertad y de la riqueza, habiendo pasado del clero y de la nobleza a la burguesía, el capital de entonces en adelante se convirtió en la burguesía misma.

Bancarroteros millonarios, empresarios, activos industriales y comerciantes, degolladores, ministros de Estado, presidentes de república, rentistas parásitos, sacerdotes, reyes, papas, etc. he ahí el capital, monstruo horrible de cien cabezas, que vive bajo la égida del gobierno consustancial suyo.

En toda cara del capital, de este vampiro, que absorbe la sangre del mísero trabajador, están reflejados: el robo, la avaricia, la mentira, la hipocresía,

la concupiscencia, y el que sepa más que lo agregue sin temor a exageración.

Hemos visto que el capital, después de la revolución, acentuó poco a poco, día por día, su fuerza y apetito.

Para darnos una idea de la potencia a que se ha elevado en tan breve tiempo, no tenemos más que pensar en las millares de naves que surcan a sus órdenes los mares, en la red intrincadísima de los ferrocarriles que cubre el globo, en los almacenes, en los Bancos innumerables que rebotan de mercaderías y de oro. No tenemos más que pensar en los millones de obreros que para obtener de él, que lo posee todo, un pedazo de pan negro, son obligados a sudar sangre, en los puertos de mar, en las fábricas, en los campos, en las minas.

Oye, trabajador.

Es él quien redujo la fábrica a un verdadero reclusorio; donde el largo y pesado trabajo te causa vértigos, donde las multas te diezman el salario cotidiano.

Es él quien con la creciente aplicación de las máquinas explota la fuerza física e intelectual de los niños y de las mujeres; engendra la superabundancia de producción, y con la superabundancia de produc-

ción las crisis violentas, el número siempre creciente de desocupados.

Es él quien en las grandes empresas — como por ejemplo: corte de istmos, perforaciones de montañas, bonificaciones de terrenos, construcción de ferrocarriles, de canales — acepta millares de infelices, familias enteras; los explota en pocos meses, embolsa centenares de millares de pesos y, terminada la obra, los abandona despiadadamente en regiones inhospitalarias, desiertas, que carecen de medios de repatriación, desesperados.

Es él quien, abusando del crédito, se entrega a especulaciones bancarias desastrosas, urde a sangre fría fraudes dólidos, devorando el ahorro hecho por tí sobre lo más necesario, ahorro que le confiaste para tener una defensa contra el fantasma — horrible para el hombre — del hospital, donde están contados los días, donde se muere de zozobra, lejos de los parientes y de los amigos.

Es él quien con el monopolio, a cambio de dinero contante, acapara los productos del suelo desde la época de la siembra, de la floración y los hace encarecer robando el céntimo a tu comida ya insuficiente.

Es él quien, cuando estás reducido a la última estrechez, se te presenta con cara compasiva y grita: "Heme aquí, te concedo crédito para ayudarte".

¡Crédito! está escrito en las bancas agrícolas, en las casas de empeño, en los negocios...

Es el capital, la usura, en indumentaria de caridad que, aprovechando tus penurias, va a robarte los últimos bocados con bello aspecto, que halla modo de devorar tu salario, la quincena, antes aún de que la hayas ganado!

Trabajador ¿estás en la flor de la juventud, de la inteligencia, de la fuerza?

El, el capital, monstruo sin corazón, te dará la preferencia entre los millares de desocupados, compensará tu trabajo diario con algún céntimo, con algún peso más. Pero no creas que cesa de perseguirte hasta el extremo.

El mismo que ha inventado la moda, se presentará a tí bajo la forma de bagatelas que lisonjearán infaliblemente tu vanidad... Con mil diabólicos artificios, tratará de encender en tí la pasión del juego, del vino, de las mujeres...

Eres joven, inexperto... el ejemplo que viene de lo alto ejercerá sobre tí una irresistible fascinación... caerás en el vicio, en el embrutecimiento, en el crimen... y cuando haya explotado todo lo que había de bueno en tí, se librará fácilmente del estorbo enviándote al presidio.

Hasta los alimentos de primera necesidad ha conseguido envenenarte con fines de lucro.

Vé sin embargo cómo sabe el capital deslumbrarte con obras públicas maravillosas, espléndidas; ¡pobre trabajador! Fueron cimentadas con tus sudores, con tu sangre tales obras y están ahí como un insulto a tu inmensa miseria.

Las comodidades de la vida civilizada, las ventajas de las invenciones, los progresos del arte y de la ciencia son letra muerta para tí. Sometido al capital, cuando tienes la suerte de hallar empleo, debes trabajar por un salario que a menudo no basta para satisfacer el hambre tuya y de tu familia; por un salario que no basta para defenderte de los rigores del frío en el invierno, de los calores del estío; por un salario que te deja con la perspectiva de una vejez todavía más mísera, si es que el trabajo, superior a tus fuerzas, no te aplasta a medio camino.

¡Y no hay salida! O someterse a su tiranía o morir más pronto de inanición.

El que es pobre es esclavo.

Tampoco nosotros tenemos nada, dicen ciertos capitalistas, y a fuerza de actividad, de constancia y de sacrificios, hemos conseguido recoger algo.

Esos deberían decir que gracias al *derecho de propiedad individual*, a fuerza de actividad, de constancia, de sacrificios y también quizás de un poco de suerte y de delincuencia, han conseguido ascender en las filas de los privilegiados; y ahora, ellos que saben por experiencia cuán amargo es el pan del trabajador, ellos que antes, en la condición de proletarios, gritaban contra la infamia, contra la injusticia, cegados por el egoísmo brutal que sofoca todo más noble sentimiento humano, quisieran explotar en santa paz a sus viejos compañeros de miseria!

El *derecho de propiedad individual*, infame derecho, consagrado por centenares de generaciones de privilegiados; fruto de la usurpación del derecho común, el capital. He ahí la razón principal de las horribles desgracias que desde hacen millares de años hacen infeliz la existencia del género humano!

La abolición de la propiedad individual, el comunismo anárquico: he ahí el principio de la verdadera igualdad social, del verdadero bienestar.

LAS MAQUINAS

La invención de las máquinas y su adopción en la producción industrial y agrícola ¿es un bien o un mal?

Las máquinas son un gran mal para el obrero mientras sean propiedad del capitalista, en cuyo caso son un auxiliar potentísimo de explotación y la razón principal, incluso única, de la superabundancia de producción, del número siempre creciente de los desocupados y de la consiguiente reducción de los salarios.

Supongamos, por ejemplo, que el capitalista Tizio tiene 150 obreros empleados en el propio establecimiento.

¿Se inventa una máquina o se perfecciona?

Con la aplicación de dicha máquina, Tizio puede

hacer el mismo trabajo que antes con sólo 100 obreros y en consecuencia encuentra la conveniencia de adoptar la máquina y de mandar a paseo a 50 obreros.

Eso es lo que ocurre precisamente a cada invención o perfeccionamiento de máquinas, y repetimos, eso hace que cada día decrezca la superabundancia de producción, el número de los desocupados, mientras disminuyen los jornales.

Las máquinas no funcionarán a beneficio total del obrero hasta que no sean declaradas propiedad común junto a las otras riquezas; y esto debe suceder inevitablemente en tanto que ellas, como productos de millares de ingenios que ilustraron los siglos pasados, son por derecho capital colectivo hereditario, en cuyos frutos deben participar los hombres todos indistintamente, capital explotado hoy por unos pocos privilegiados en daño de los desheredados innumerables.

“¡Todo pertenece con buena razón a todos! Todas las riquezas acumuladas son el producto del trabajo de todos, de la actual generación y de todas las precedentes. Esta casa en que estamos reunidos en este momento, tiene valor sólo porque está en París, esa soberbia ciudad, donde los trabajadores de veinte generaciones han ido sobreponiéndose. Transportad la a las nieves de Siberia y su valor será casi nulo. Esta máquina que habéis inventado y patentado, lleva consigo la inteligencia de cinco o seis generaciones; no tiene valor más que como parte de este inmenso todo que nosotros llamamos industria del siglo XIX. Transportad vuestra máquina en medio de los papuas de Nueva Guinea y allí su valor será nulo. Este libro, en fin, esta obra de ingenio que habéis hecho, os desafiamos, genio de nuestro siglo, a decir cuál es la parte de vuestra inteligencia en vuestras soberbias deducciones.

¿Los hechos?

Una generación entera ha trabajado por acumularlos.

¿Las ideas?

Puede ser la locomotora que surca los campos la que os las ha sugerido.

¿La belleza de la forma?

Si es admirando tanto la Venus de Milo, o la obra de Murillo, como la habéis encontrado. Y si vuestro libro ejerce alguna influencia sobre nosotros es gracias al conjunto de nuestra civilización.

¡Todo es nuestro! Y desafiamos a cualquiera que sea capaz de decirnos la parte que corresponde a cada uno en las riquezas. He aquí una inmensa fábrica que ha creado el siglo XIX; he aquí millones de esclavos de hierro que nosotros llamamos máquinas y que pulen y sierran, tejen e hilan por nosotros, que descomponen y componen la materia prima y hacen las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene el derecho a apropiarse ninguna de esas máquinas y a decir a los demás: ¡esto es mío! Si queréis servir de esta máquina para producir, me pagaréis un tributo sobre todo lo que produzcais; como el señor de la edad media no tenía el derecho de decir al agricultor: esta colina y este prado son míos, y me pagarás un tributo por cada gavilla de trigo, por cada montón de heno que recojas.

¡Todo es nuestro! como el hombre y la mujer aportan su cuota de trabajo, para producir los objetos necesarios; tienen derecho a su cuota de todo lo que se haya producido por todos” (Kropotkin).

¡Todo es nuestro! ¡todo es de todos! y no está lejano el día en que las máquinas junto con las ri-

quezas naturales, industriales, artísticas, literarias y científicas sean declaradas propiedad común.

Aquel día los obreros libres saludarán la máquina como amiga dócil y fuerte que viene a aliviar sus fatigas.

Inmensos son los beneficios que en el comunismo anárquico aportará la amplia aplicación de las máquinas en la industria y en la agricultura.

“¿Veis esa cadena de rejas de arado que una máquina gigantesca a vapor arrastra a través de los campos desolados? El mismo mecanismo transporta a un tiempo los hombres, los instrumentos aratorios y las semillas; y más tarde, cuando la mies esté madura, volverá a pasar para segarla, recogerla y transportarla al granero, donde otras máquinas movidas igualmente a vapor, reemplazan el trillo y la criba abandonados para siempre... En una agricultura así ¿qué es lo que llega a ser el pequeño campesino que trabaja con la azada, y el trabajador del arado tradicional, con todos sus viejos arneses y sus métodos usados desde la antigüedad greco-romana y desde el Egipto de los faraones? Han ido a sumarse al carretero sustituido por los ferrocarriles, al correo suprimido por la electricidad... el farolero expulsado por el gas; el aguatero abolido por el sistema de pozos artesianos, de acueductos, de tubos y de robinetes que hoy se encargan de distribuir el agua a una gran ciudad” (Informe presentado en un congreso internacional. Tomado del opúsculo: *Ideas sobre la organización social*, de James Guillaume).

En el comunismo anárquico será tal y tanta la producción industrial y agrícola con motivo de la amplia aplicación de las máquinas, de su continuo perfeccionamiento y de su invención, del cultivo racional y del aumento de los brazos, que los obreros, trabajando pocas horas al día, tendrán con qué satisfacer ampliamente todas las necesidades, es decir gozarán de todas las comodidades de la vida que hoy son privilegio de una minoría de explotadores.

LA PATRIA

“El primer hombre que puso cerco a la tierra”, que construyó allí una cabaña; el primer hombre que raptó una mujer y dijo: este pedazo de tierra, esta cabaña y esta mujer son míos, aquél creó la propiedad individual y la familia y con ellas echó el germen funesto del sentimiento de patria, sentimiento que está ligado íntimamente a la idea de posesión y de dominio.

Como natural consecuencia de la diferencia de intereses, del egoísmo y del odio, surgidos con la propiedad individual, diversas familias hallaron bien pronto la conveniencia, la necesidad de unirse, de elegir un jefe que les guiase en la lucha de conquista contra otras familias igualmente asociadas. Así nació la tribu y a ella se extendió el sentimiento de patria.

Ocurre del mismo modo que los jefes de tribu, y con ellos un cierto número de privilegiados, sacerdotes, etc. olvidaron bien pronto los intereses de los súbditos, para no pensar más que en los propios. La sed de dominación y de riqueza creció en ellos desmesuradamente, hicieron guerras continuas a sus rivales y a medida que creció el dominio se proclamaron reyes, emperadores...

Desde entonces en adelante la palabra patria significó casi exclusivamente los intereses particulares de los gobernantes y de las clases privilegiadas co-interesadas suyas: interés funesto que engendró entre ellos la envidia, el odio, la sed siempre creciente



Un tomo en rústica, \$ 1.50
Encuadrado en tela \$ 3.50

de dominación y de riqueza. Desde entonces en adelante los ciudadanos de las diversas comunas, de las diversas naciones, embriagados de patriotismo, se vienen degollando alegremente con el beneplácito de sus tiranos.

Eterno y fatal error de los pueblos el de creer que tienen comunidad de intereses con aquellos que los oprimen y los explotan.

Cuando veo sobre una bandera, sobre una moneda, un escudo encima del cual hay una corona real, rodeado de lanzas, espadas, cañones, pienso con espanto en las miserias, en las lágrimas, en la sangre del pueblo que costaron las gemas (en el sentido figurado de provincia) que adornan las coronas de reyes y emperadores.

La misma reflexión me hago cuando, en lugar del escudo real, veo el gorro frigio.

¿Las guerras de independencia, de unidad? — objetan algunos.

Preguntemos esto a los mártires ignorados de las derrotas, a los moribundos de pelagra, a los emigrantes, cuánto les beneficiaron esas guerras.

La patria, hoy es más que nunca el capital que tiraniza, que explota y que condena al hambre en el campo político y económico. En loor de la patria: el tributo de sangre, las guerras horribles, la miseria negra, el número siempre creciente de los suicidios, el aullido desgarrante de las plebes hambrientas.

¡Todo en loor suyo!

Sin embargo, en las escuelas, en los teatros, en los banquetes, en los periódicos, en los libros, en las iglesias, en todas partes veo hacer propaganda de patriotismo.

¡Patria, patria! gritan incesantemente, los señores burgueses de todos los colores, de todas las creencias. Ahora bien, tened presente que os engañan, trabajadores. No los creáis! La patria son ellos mismos, ellos, los hipócritas, los jesuitas modernos.

Interrogad en cambio la voz de la conciencia, escuchad los nobles sentimientos del corazón, y os dirán que vuestra patria es el mundo.

La ley moral natural ¿no nos dice en efecto que somos hermanos? La naturaleza, esta nuestra madre común, ¿no nos trata como tales? Por donde quiera que vamos ¿no encontramos su encantadora sonrisa? ¿Y quién no sabe en lo sucesivo que los infinitos males que pesan sobre el género humano proceden justamente de la transgresión de sus leyes, entre la que ocupa el primer puesto la del amor?

¡Patria! Cesó tu pretendida razón de existir desde que el pico del minero perforó las barreras de granito, desde el día que la nave a vapor, que tanto abrevia el tiempo y las distancias, desafiando las furias del océano, aproximó los hombres de las más lejanas regiones!

Desde aquel día, gracias también al correo, al telégrafo y a la prensa, el internacionalismo de las ideas, de la ciencia, del arte, de las necesidades, de los gustos y de los hábitos, impuso a los hombres el deber de fraternidad universal.

Y los desheredados, los rechazados, los oprimidos, aquellos que los señores burgueses se complacen en llamar *malhechores*, los anarquistas, queremos decir, no fueron insensibles a la voz imperiosa del corazón.

¿Quién no recuerda el primero de mayo de 1890? ¿Quién no ha llorado de consuelo ante el espectáculo sublime, presentado por los desheredados de todo el mundo, que libres finalmente del inveterado prejuicio de patriotismo, sin distinción de raza, de lengua,

de fe religiosa, se cambiaron el beso de fraternidad universal?

Desde aquel día, ante el resplandor siniestro de las bayonetas, el amor que el pueblo alimentaba por tí, oh patria, se cambió en odio!

EL EJERCITO

El ejército, pueblo armado, mantenido con el sudor del mismo pueblo, fué instituido por el gobierno en defensa del honor y del interés de la patria.

En mérito a la ley que establece el impuesto de sangre, el hijo del proletario, alcanzada la edad de la conscripción, parte para el regimiento donde olvidará bien pronto la profesión, donde perderá tal vez el amor al trabajo; no valen las lágrimas de los padres enfermos, privados de ayuda. ¡Ay de él si no se doblega a la ley férrea!

Puesto el pie en el umbral del cuartel, además de la libertad individual, derecho que el hombre adquiere al nacer, el conscripto debe sacrificar la propia dignidad, el amor propio y hasta la libertad de pensamiento.

Basta entonces manifestar ideas contrarias a las instituciones vigentes, discutir un orden absurdo, no doblegarse, no envilecerse bastante ante el capricho de un superior bestial, para ir a la sala de castigo, al batallón disciplinario.

El hambre, la sed, el calor, el frío, las marchas forzadas, ruinosas, la consigna, la celda de rigor están a la orden del día.

El soldado es mientras tanto instruido en el arte de matar.

¿Y contra quién deberá combatir?

No lo sabe, no lo saben sus superiores, no lo saben siquiera los gobernantes.

La nación hoy aliada a la nuestra, aquella por la cual el pueblo nutre mayores simpatías, mañana, por un motivo fútil, por un interés malentendido, por un capricho de gobernante, puede convertirse en nuestra más acérrima enemiga.

Pero he aquí que estalla la guerra.

Nunca el ejército, la gran masa de los desheredados que endosan la librea del soldado, ha sido objeto, como en estos días, de las simpatías de la burguesía.

Los periódicos burgueses todos, desde el republicano rabioso al clerical, compiten en encender en el pueblo el fanatismo patriótico. Los odios de partido desaparecen ante el interés común en peligro.

Cuántas fiestas, cuántos felices augurios en pro de los soldados que van al frente...

Por otro lado, los superiores, como gente práctica, antes de guiar al soldado al campo abierto, le explican repetidamente cómo hoy la discusión de un orden absurdo, cualquier acción de propia iniciativa, puede costarle media libra de plomo en el cráneo.

Lo sabe bien el soldado que no bromea con la disciplina férrea con que el gobierno lo somete a la más cruel, a la más infame de las tiranías, pero sin embargo nadie podrá impedirle pensar. Y piensa en efecto, que millones de pobres desheredados como él y que endosan la librea del soldado, por buenas o por malas, van a ser en breve enviados a una matanza asesina, horrenda.

Le parece sentir ya el silbar de las balas candentes; le parece ver el resplandor de las bayonetas que se entrecruzan, le parece oír el fragor ensordecedor de la artillería, los gemidos de los agonizantes, el gri-

to de los heridos que delante, al lado y detrás de él caen a millares.

Entonces su pensamiento aterrado vuela a las casas de las víctimas, donde ve a los viejos padres, a las esposas, a los niños adorados, en la más escuálida miseria, en el paroxismo de la desesperación...

¡Toda esa gracia de dios por la patria!, exclama finalmente.

¡Seguro, todo por ella! Y es por eso que gritamos con toda la fuerza de la convicción, a las turbas armadas que al mínimo signo de los superiores van a masacrarse recíprocamente:

Fuera de una vez la venda del fanatismo patriótico que os ciega y que, como a los gladiadores romanos, os induce a masacraros en beneplácito de vuestros opresores.

Queremos enriquecer la patria, decís, oh burgueses, para excusar las empresas coloniales desastrosas; queremos hacerla grande, queremos defender su honor, sus intereses. Eso significa que vuestra ambición, vuestra sed de dominación y de riquezas son inagotables.

Preguntad al obrero inglés cuánto le ha beneficiado la conquista de vastísimas posesiones hechas por el propio gobierno; pedídle, por favor, cuánto le beneficia la grandeza, la riqueza de la patria. Os conducirá a la pocilga que le sirve de habitación y allí, ante el espectáculo de la mísera condición en que se encuentra su familia, lloraréis de conmiseración. Gran riqueza, gran miseria, dice un proverbio popularísimo y modesto.

¿El honor y el interés de la patria?

Pero ¿de qué patria? ¿De aquella cuya prosperidad es anotada con premura todos los días por los boletines de la Bolsa?

¡El honor y el interés del capital, deberéis decir,

de vosotros mismos! En este caso el desheredado no tiene nada de común con vosotros; nada tiene que defender, lo tiene todo que conquistar.

¡Hipócritas, mil veces hipócritas! Estando a vuestro alcance, ¿por qué a cambio del odio no enseñáis el amor? ¿Por qué en lugar de la guerra no proclamáis la fraternidad, aquella fraternidad que significaría el fin de toda lucha política, de toda conquista?

El por qué lo adivina el buen sentido de los pueblos, los cuales, libres ya del funestísimo amor a la patria, conscientes de los inmensos beneficios que se obtendrían si todas sus energías fuesen únicamente empleadas en las luchas fecundas del progreso y del trabajo, gritan con toda la fuerza de la convicción. Vosotros, oh gobernantes, reináis, únicamente sobre nuestra discordia, y es por eso que tenéis tanto interés en tenernos divididos, es por eso que os hacéis ministros del odio, es por eso que ahuyentáis tanto la corriente de amor fraterno que hace palpitar al unísono nuestros corazones.

¡Fuera las diversas banderas nacionales, símbolos de odio, que nos recuerdan tantas guerras fratricidas, execradas! ¡Fuera las fortalezas inmensas, fuera las selvas de bayonetas que nos impiden confundirnos en un abrazo fraterno! Impulsados por vuestra creciente sed de riqueza y de dominio ¿no nos hemos masacrado bastante aún? ¿No hemos nacido para amarnos? Y decid: ¿con qué derecho podéis impedir la consecuencia del ideal que inflama nuestro corazones de amor dulcísimo?

La fraternidad universal: he ahí la aspiración de los pueblos que, realizada, entre los tantos beneficios inmensos, nos aportará también el de la desaparición de los ejércitos, antiguas supervivencias de barbarie, instrumentos de odio y de despotismo.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

“La Protesta,”

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.
La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

“La Protesta”

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

R. MELLA

POR LA ANARQUÍA

No me propongo terciar en una polémica a la que cada parte ha llevado sus razones y sus puntos de vista, sin que nada justifique intervenciones que podrían parecer pedanterías. Quiero simplemente ahora, como otras veces, aprovechar una ocasión para exponer mis ideas; y digo más sin ínfulas de un personalismo aplastante y sabiendo que son las de muchos millares de hombres, cada uno de los cuales valen tanto como yo y todos juntos más que yo.

El lector puede estar tranquilo: no le serviré ideas demasiado luminosas para tiempos infantiles; nada nuevo presentaré que le maraville; ni siquiera pretenderé haber desubierto la pólvora yo solito estudiando a Darwin y Haeckel en lo que no los ha estudiado casi nadie. Mi soberbia no me llevará tan lejos.

Hablaré lisa y llanamente de la anarquía, dejando a un lado el enredo científico en que se meten los modernos candidatos a dioses sin que acierten a desbarazarse del atadero que en su pobre mente pusieron lecturas absurdas cuya digestión requiere todo género de específicos auxiliares.

Pero como tenemos un sí es no es aficiones filosóficas, que también podemos tenerlas los viejos anarquistas, no entraremos en materia si antes consignar ciertos puntos de vista que servirán de base a ulteriores afirmaciones.

Por ahora, que sepamos, esa señora encopetada que se llama ciencia no ha dado debida satisfacción a multitud de interrogaciones formuladas por la mente humana. Y como no la ha dado, parécenos muy cuerdo atenernos a lo bien conocido, hechos, series de hechos, deducciones, asociaciones de deducciones, etc., etc., sin meternos en honduras que nos llevarían a caer de bruces en la teología de nuestros mayores o en la tontología de nuestros actuales superhombres. Un poquito de sentido común lo está pidiendo a veces el atasco de ciencia que algunos padecen. Lejos de nosotros todo contagio de tan molesta dolencia.

Démonos, pues, un rápido paseo por los dominios del conocimiento. Fuera de los hechos reales no hay más que abstracciones. Lo son no sólo el equilibrio sino también el espacio y el tiempo. Lo son el todo y la nada. De la evidencia de que algo existe, derivamos las ideas de conjunto y de no existencia. De lo finito y palpable, lo infinito. Hablamos de movimiento y todavía no podemos explicárnoslo sin algo que se mueva. La misma materia, fuerza de los fenómenos que nos revelan que algo actúa, es una mera abstracción. Fuerza, substancia, ¿no están en el mismo caso? Hablamos del átomo como cosa indivisible y estamos seguros de que más allá de esa limitación por nosotros forjada no es descomponible la materia?

No prosigamos. Fenómenos y series de fenómenos, he ahí todo. Pero ¿podríamos entendernos siquiera

si en todas esas abstracciones? Los fenómenos no se suceden obedeciendo los mandatos de la ley como si ésta fuera un ser sobrenatural que todo lo ordenara; mas nosotros los estudiamos, los agrupamos en series y a seguida deducimos y establecemos que tales fenómenos se suceden conforme a tal ritmo y tales otros conforme a tal otro ritmo. Esa es la ley y no más, pura abstracción. Sin ella, no obstante, el edificio de la ciencia se vendría abajo.

Aun vamos más lejos. La misma ciencia no es, no será nunca el conocimiento completo, cerrado de todas las cosas, no es, no será nunca el código acabado del entendimiento. Más de una vez lo hemos dicho: la ciencia, como todo, está, estará en perpetua formación. La verdad de hoy es el error de mañana; la hipótesis atrevida de un día es la gran certidumbre del siguiente. La recíproca no es dudosa. ¿Cómo, hombres que se dicen consagrados a la ciencia, osan afirmar en redondo ideas que en el momento mismo son manzanas de discordia entre sabios y profanos? ¿Cómo, aquello que no está comprobado, se erige en doctrina levantando así banderías en el pacífico campo de la investigación? ¿Se olvida que las teorías mejor establecidas, al parecer, han venido a tierra en un instante?

Cuerdo y prudente es siempre tener en cuenta que nada podemos afirmar de las cosas en sí mismas. Son sus apariencias lo único que conocemos, es decir, la manera como se nos presentan o las observamos o sentimos nosotros. Verdad que ello es nuestra realidad; pero ¿no cambian a menudo los términos de ésta? Por algo somos nosotros mismos un factor en el modo de forjarla.

Vengamos, pues, a cuentas. En la naturaleza, se dice, todo está en lucha. Mejor sería decir; en la naturaleza todo se comporta como si estuviera en lucha. Si todo está en lucha, si todas las fuerzas naturales obran y atentan contra la forma de la naturaleza entera y esto sucede en cada instante de tiempo y en todo lugar del espacio, ¿cómo en el espacio y en el tiempo, sin intermitencias ni soluciones de continuidad, persiste la resultante armónica de la existencia universal? La lucha implica destrucción continua y, si podemos afirmar que en la naturaleza todo es transformación y cambio, sería temerario aventurarse a decir que todo se destruye. La resultante de eso que se llama lucha es siempre y continuamente, en todos los órdenes de cosas, armonía, equilibrio, permanencia de vida; no destrucción, no aniquilamiento. A tener razón los agoreros de la muerte que ensalzan la vida, el universo entero habría dejado de ser tiempo ha.

Acaso se discute una palabra y nada más. Suprimido el prejuicio establecido por el uso constante de un vocablo al cual nos aferramos más que a la idea en sí, tal vez la discusión cesare, que las cosas no ocu-

ren para los sabios de distinto modo que para los simples mortales, por muy sabios que aquellos sean y por muy simples que sean estos.

No es menester detenerse a discutir si los elementos de nuestro cuerpo están en lucha o concurren por ley de relación o de subordinación a un mismo fin, para establecer el hecho indiscutible de que ellos nos dan constituida una *individualidad* que es al propio tiempo una asociación, o tal vez mejor una coordinación. ¿Hay lucha entre los elementos que componen esta individualidad? ¿Hay solidaridad? Discusión de partido, de bandería, de secta. Ociosa en el dominio de la ciencia, cuya labor es investigar y afirmar solamente cuando la investigación ha tenido completo éxito. Innecesaria en el terreno de nuestro objetivo, los medios de convivencia social. Lo cierto es que en lucha o solidariamente, aquellos elementos dan una resultante que no destruye ninguno de ellos y se llama hombre y constituye una individualidad, individualidad soberana, ciertamente, al lado de millones de otras soberanías análogas.

Si hay luchas no será, en último término, sino la manifestación de vida de cada individualidad, y como en nuestro organismo, al igual que en la naturaleza entera, son a millares de millares tales manifestaciones, es necesario que para coexistir se coordinen, lo que significa que las mismas individualidades se limiten, se reduzcan su campo de acción propio, ensanchándolo al mismo tiempo por la invasión del ajeno, so pena de destrucción total. No de otro modo que coordinándose los elementos, si se quiere, en lucha, se llega a la individualidad hombre, resultante, si se quiere, también, del combate entre las individualidades que lo forman.

No es preciso hacer sendas excursiones por autores que muchas gentes se saben de memoria, para demostrar cómo el desequilibrio, en nuestras funciones o entre nuestros órganos da el predominio a la individualidad absorbente. Y no es sólo la relación de estómago a cerebro, sino de cada uno a todos y de todos a cada uno. ¿Pero no demuestran estos predominios del cerebro en el hombre dedicado al estudio, del estómago en el glotón, de los miembros inferiores en el andarín, de los brazos en el atleta, etc., que cuando falta o se debilita la coordinación de los elementos que componen el individuo hombre, la individualidad se quebranta? Luego, por brutal, por feroz que sea la lucha entre los seres vivientes; su coexistencia sería imposible, — y ella es un hecho indiscutible — sin la coordinación, sin la asociación, sin la solidaridad, en fin, de cuanto constituye la naturaleza entera.

No discutamos palabras. Los hechos lo son todo. Para ensalzar, para *superar* esta individualidad que se llama hombre, nada más absurdo que establecer el derecho del más fuerte. Cuando el cerebro absorbe toda la savia del organismo, el organismo perece sin que, naturalmente, el cerebro escape a la catástrofe. Cuando una individualidad acapara, se apodera, roba parte de su savia, de su vida, de su individualidad a las restantes individualidades; la coordinación o asociación de los hombres perece también sin que la individualidad absorbente se salve de la general ruina.

Cada uno de nosotros no está solo en el centro del universo; cada gran parte o cada parte minúscula de la naturaleza, sea sol o sea infusorio, no es única en el concierto o en la lucha, como se quiera, de la substancia universal. ¿Combate, solidaridad? Relación infinita de infinitas relaciones es la realidad de la exis-

tencia general y de la existencia particular... Puede haber y hay, sin duda, prejuicio en aquellas interpretaciones de la existencia; no la hay en esta última.

Pues así como las relaciones universales de todos los elementos, sea la que quiera su forma aun no bien determinada, dan por resultante coordinaciones y más coordinaciones, individualidades y más individualidades, armonías y más armonías, tan fugaces como se quiera pero constantemente reproducidas, así también las relaciones de los elementos sociales, los hombres han de producir resultantes coordinadas, armónicas, tan poco permanentes como se pretenda pero siempre reproducidas al infinito, sin lo que la humanidad no podría ser considerada sino como una rara excepción dentro de la naturaleza.

Cada individualidad puede afirmarse como quiera, pero no puede librarse del contacto de las otras individualidades. En la naturaleza, como en la sociedad, las unas están constantemente en presencia de las otras, afirmándose y reduciéndose, no destruyéndose. Vivir es eso, coexistir, no aniquilarse. ¡Desdichada intelectualidad la que no acierta a ver más que lobos devorando corderos!

Si ciertas ideas sobre el combate por la existencia fueran fundadas, tendríamos que erigir en regla de vida el desequilibrio, la anormalidad, y tal hacen los metafísicos de la legua que en la plaza pública emboban al respetable público con ridículos volatines.

Sólo así puede llamarse congestión del cerebro a la libertad que mata, con los demás órganos, la individualidad entera. Sólo así puede afirmarse la belleza, de la tiranía y la fatalidad de la esclavitud. Sólo así puede decirse que el desenvolvimiento y la potencia de la individualidad está en relación inversa del desenvolvimiento y de la potencia de sus elementos componentes.

Cualquiera sutileza filosófica, por hermosa que parezca, será impotente para probar que la salud del hombre consiste en que el cerebro reviente de hartazgo mientras perecen de anemia los demás órganos que la libertad del hombre estriba en devorar a los demás hombres. Por abstracta que sea la idea de normalidad, de salud, de libertad, se nos impone en el sentido del desenvolvimiento coordinado de *todos* los elementos componentes de una individualidad. Lo contrario equivale a establecer que la apoplejía es el estado de salud para el cerebro, que la indigestión es el estado de salud para el estómago y que... al individuo hombre que lo parta un rayo.

Si, en general hay que considerar a todos los individuos de todas las especies como casos anormales, principalmente a los individuos de la especie hombre civilizado. Precisamente de la anormalidad reconocida de todos los individuos de todas las especies se deriva la concepción del tipo normal, del mismo modo que de la realidad conocida, de la parte, se deriva el concepto del todo; de algo, el de nada; de lo finito, el de infinito; de lo uno, lo vario. Todo existe en desequilibrio permanente, en estado anormal, sea. Pero ¿no hay siempre una resultante armónica, una tendencia invariable al equilibrio, a la normalidad, al estado de salud, mediante la que cada individuo, *todos* los individuos coexisten y se desenvuelven sin anularse? Para hablar de equilibrio es preciso un estado inicial de desequilibrio anterior. Se empieza por una oposición y se acaba por una coordinación.

Es necesaria la neurosis, la impotencia cerebral de composición para no ver en la existencia más que

su lado patológico exigiendo en teoría de la vida la realidad de la muerte.

Lucha, guerra, esclavitud, tiranía, antropofagia, cantadas por hombres que presumen de ciencia y de anarquía, esas son las grandezas intelectuales que conducen a la superhombria y al manicomio. La filosofía ultraradical se difunde en las alucinaciones del miticismo religioso. El pasado y el presente se dan la mano a través de las casas de salud.

Las relaciones, las influencias reciprocas de unos elementos respecto de otros no son la misma cosa que esclavitud y tiranía. Aquellas son el caso general, éstas el particular. Cuando tales influencias no son coordinadas, puede surgir la absorción, la tiranía; surge casi siempre. Y entonces la salud falta, la normalidad se rompe. Patología pura, quíerese que no. Cuando las relaciones sociales no se libran en la armónica plenitud del desenvolvimiento de todos los componentes, la sociedad, como el hombre, enferma. Hay tiranía, hay esclavitud. Por todos los siglos de los siglos, pese a todas las teologías y a todas las metafísicas, la coexistencia de todo lo que es tendrá por condición el equilibrio, la normalidad, la salud. Póngase por delante toda la movilidad, toda la inestabilidad que se quiera; póngase por delante, a medida del deseo, lucha, desequilibrio, preponderancias y subordinaciones, sólo se es al precio del equilibrio, de la coordinación, de la armonía, de la solidaridad de cuanto existe. Si las cosas ocurrieran de otro modo, nada de lo que es sería.

Se nos habla del individuo en sí y para sí, de su única realidad. Se nos habla de su libertad interna. Pero ¿es que cabe prescindir absolutamente de los otros individuos? ¿es que la libertad interna misma, no depende, en gran parte, de las influencias infinitas de los demás individuos? ¿es que hay algo que pueda ser por sí solo? La existencia entera no es sino pura relación y cambio. No hay manera de concebirla desligada individualmente del resto de individualidades. La ciencia puede hacer y hace de hecho el estudio de un músculo, de un átomo, aisladamente. Ello es simple artificio. Para estudiar una función se empieza por prescindir de sus concomitantes. Es una facultad de nuestro entendimiento y una convención que impone el método, nada más. Pero los concomitantes están siempre presentes, estorbando la penosa investigación, llamando siempre al orden al atrevido estudiante que osa olvidarse, abstraerse de la vida de relación que bulle en derredor de su soñada individuo, con su única realidad de laboratorio.

Dejemos en paz el lado psicológico de la cuestión. Ello está muy obscuro todavía y mientras la vida nos llame con recios aldabonazos tenemos algo muy importante en que ocuparnos fuera de las sutilezas y filigranas con que quieren singularizarse los que no se acomodan a la pequeñez de su individualidad y delirán con el delirio de la grandeza, ofiandes presuntos de dioses, despreciadores de la enorme masa humana que trabaja y se afana en la estulticia, vengadores y crueles de boquilla, sanguinarios imaginativos como Jehová de guardarropia con su caja de rayos y truenos, que harían reír a medio mundo si este medio mundo no padeciera una lamentable flojedad en las extremidades inferiores por imbecilidad congénita de todo el organismo.

Quedemos, pues, en que considerado el individuo en sí mismo, es su única realidad, su dios, su todo en que la libertad consiste precisamente en el pleno desenvolvimiento de la individualidad. Quedemos

asimismo en que, naturalmente, como las individualidades se cuentan por millones, para que cada una se desenvuelva es necesario que entren, por así decirlo, en competencia de desarrollo y que, por fin, el principio de vida es precisamente, o lo parece, un principio de lucha, de combate, de pugilato. ¿Deduciremos de aquí la fatalidad de la tiranía de unos sobre otros, la destrucción de unas individualidades por otras individualidades? Tanto valdría que mi vecino dijera: "Puesto que Fulano come todos los días buenas chuletas y se atraca de aves, peces y plantas, y los Fulanitos que tal hacen se cuentan por millones, es claro como el agua, cuando el agua no está turbia, que en el mundo no hay más principio formal que el de devorarse los unos a los otros, y desde mañana mismo me dispongo a tragarme hasta a mis congéneres, si me es necesario o se me antoja. Así engordaré y me desarrollaré íntegramente, que es todo lo que exige mi personalidad, o dígame mi única realidad".

Glosando a Newton cuando afirma que la materia atrae a la materia, o por lo menos las cosas pasan como si se atrajeran, diremos que sí como del mundo de la materia inconsciente no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unas moléculas atrajeran a otras moléculas, unos planetas a otros planetas, del mundo vivo, del mundo consciente, no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unos elementos lucharan con otros. Mas así como en los espacios planetarios cada mundo persiste en su órbita y coexisten todos armónicamente sin que la atracción los lance unos contra otros; así como en los espacios intermoleculares cada molécula perdura en su esfera de acción sin que las unas a las otras se aniquilen, formando, por el contrario, coordinaciones superiores, organismos infinitamente variados; así también en los espacios sociales cada individualidad, todas las individualidades a un mismo tiempo, conservan su autonomía sin que la lucha las arroje al aniquilamiento mutuo. Díjese que es precisamente la lucha lo que las conduce a la asociación, del mismo modo que la atracción conduce al equilibrio de los mundos.

Es así como en el reino animal persisten y prodigiosamente se multiplican los peces chicos que los peces grandes se comen, según el dicho vulgar. Es así como la humanidad ha podido salvar todos los despotismos y todas las tiranías. La solidaridad ha sido el gran escollo de la bárbara lucha ensalzada por los superhombres de todas las épocas.

El principio de toda existencia parece un principio de lucha. La existencia es, de hecho, una asociación, mil asociaciones, millares de millones de asociaciones. Existencia y coordinación son una misma cosa. La vida, podría decirse en términos algebraicos, es una función de dos principios contrarios, la lucha y la solidaridad, de los cuales conocemos el primero como apariencia y como realidad el segundo.

Cada molécula, cada planeta, cada ser viviente, plantas, animales, hombres, es para sí su todo y única realidad. Pero ninguna de esas unidades, compuestas de otras unidades, tendría realidad alguna fuera de lo que propiamente constituye la existencia, la relación coordinada, permanente y variable a un mismo tiempo, de todas las unidades cualquiera que sea su naturaleza.

Y si en el mundo de lo inconsciente, en el mundo de las plantas, en el mundo de los animales, la resultante es la solidaridad ¿qué diremos con relación

al mundo de los hombres? La única realidad de los Stirner y Nietzsche es pura quimera. No hay realidad fuera de la vida social. Somos porque coexistimos. Nadie, por poderoso que sea, podrá existir fuera de las relaciones que constituyen la realidad social. Cada uno es todo para sí, pero es algo para los demás. En vez de limitarse cada uno de nosotros, ensancha su esfera de acción mediante las relaciones de igual a igual. Libertad no tiene un límite en las otras libertades, tiene una ampliación. Cada individualidad es ella misma y un poco también cada una de las demás, del mismo modo que todo el elemento de la materia es algo por sí y algo más por lo que toma a los otros. Lo que está potencialmente en el ser aislado, está en presencia durante la vida de relación. Esta es la condición indispensable de todo ese desenvolvimiento.

¿Puede, ahora establecerse una completa analogía entre el mundo físico y el mundo social? Vamos despacio, que cada mundo es un escollo.

Hay en el hombre un factor principal que lo diferencia del resto; hay la conciencia. Ningún determinismo osará afirmar y menos probar que el hombre funciona ni más ni menos que como una partícula cualquiera de materia inconsciente. Por mucho que se quiera reducir el elemento voluntad, y quien dice voluntad dice libertad, de ningún modo son susceptibles de identificación el hombre y la roca. El hombre elige, compara, acepta o rechaza, o bien siguiendo la expresión empleada en otras partes de este artículo, obra como si eligiera, comparara, aceptara o rechazara. La vida social tiene para ello todos los caracteres de un concierto voluntario. No es menester ahondar más. A los efectos de buscar los mejores medios de convivencia social, lo repetimos, la parte psicológica de la cuestión no tiene gran importancia. Lo esencial es que el individuo pueda obrar como si eligiera, comparara y aceptara o rechazara libremente.

Aunque la sociedad venga dada por las condiciones generales de la existencia, carece de realidad para el individuo mientras éste no entra en relación directa o indirecta con sus análogos. El hecho de hallarse en presencia los unos de los otros, constituye por sí solo la sociedad, pero no se hace efectiva sino mediante millares de millones, de pequeños convenios para los que la libertad, toda la libertad es necesaria al hombre.

Tal es la razón fundamental de la anarquía. Libertad y solidaridad son su esencia.

Ya que de libertad hablamos, preciso será que concretemos el alcance de la palabra.

La libertad, en el sentido absoluto que se da a este vocablo, es una quimera. Cuanto existe está condicionado de tal forma que no queda espacio para el libre arbitrio. Físicamente nada puede salirse de las condiciones generales de la naturaleza y de sus condiciones propias. No cabe hacer excepción a beneficio del hombre. Aun cuando éste parece sobreponerse a las condiciones del medio y a sus propias facultades, no hace sino acudir a un subterfugio. Surca los aires, pero no vuela. Desciende al fondo de los mares y allí respira y vive un cierto tiempo, pero encierra y lleva consigo el ambiente exterior necesario a su existencia. La libertad moral es simplemente un caso particular de la libertad física. Cada uno sólo quiere lo que puede; y, si hace lo que quiere, es porque no quiere más que lo que puede. Así la libertad no es, en todo caso, más que el esfuerzo por substraerse a condiciones

dadas en la naturaleza o en nuestro organismo. El desenvolvimiento de la personalidad implica el combate por liberarnos de todo atadero físico y moral.

Socialmente la libertad tiene análogo sentido relativo. En el mejor de los mundos, en el más libre de los estados sociales, cada uno habrá de soportar, cuando no solicitar, la presencia y la cooperación de los demás; vivirá en un medio común, por tanto, con todos los inconvenientes y cortapisas, y también con todas las ventajas de la comunidad. Aquí también el esfuerzo individual por sobrepujar determinadas condiciones, es en lo que estriba la libertad.

Pero, en tal terreno, hay que tener en cuenta algo más esencial. A los ataderos físicos, morales y sociales, ha venido a sumarse en el curso de la historia un atadero más, el atadero artificial de las instituciones autoritarias, la propiedad inclusive. Así, en ese estado actual, el individuo no sólo lucha por superar condiciones que reducen a un mínimum su libertad sino que también por destruir todo un mundo de artificios que le aplasta y le estruja. Y ese problema es verdaderamente importante y únicamente práctico. Aquellos otros habrán de resolverse teóricamente en el dominio de la ciencia, y en el de los hechos a medio del esfuerzo personal y el esfuerzo común en la continua mudanza de las costumbres, de los gustos, de las inclinaciones, de la educación, etc. Es la labor eterna de los tiempos presentes o futuros.

Mas el otro problema, el que toca a la vida real en sociedad, habrá de ser resuelto sobre la marcha por la conquista de toda la libertad de sentimiento, de pensamiento y de acción indispensable al desenvolvimiento integral de todas las individualidades. Esta libertad real y efectiva, no la soñada y estafalaria de los neoindividualistas, es la que entraña el socialismo anarquista.

Proclamamos, pues, la libertad toda del individuo y porque esta libertad sea un hecho para todos los individuos, proclamamos también la igualdad o equivalencia de condiciones. Inútil fuera el derrocamiento de todas las tiranías si quedara en pie la tiranía de la riqueza para unos y la penuria para otros. Basta que la naturaleza nos arme desigualmente para que en el combate por superarnos, flote triunfante la virilidad, el arte, el saber, etc. Agregar desigualdades artificiales, es castrar a la mayor y mejor parte de la humanidad. Y aun entendemos que si fuera hacedero el empeño de encumbrar a todos al arte, a la ciencia, a la virilidad, al heroísmo, habría de ser ello el más noble y el más bello de los ideales humanos. No se trata desde luego de la igualdad de cuartel o de convento; se trata de que cada uno tenga a su libre disposición todos los medios de desenvolverse física, moral e intelectualmente del mismo modo que puede tomar a la naturaleza el aire respirable necesario, el sol que le caliente, todo lo que precise, las fuerzas, en fin, que juzgue indispensables a su existencia. ¿Es esto claro? ¿Puede desear más el más exigente individualista?

Presupone este principio, proclamado por todos los anarquistas viejos, el mismo hecho de convivencia en sociedad. Ciertamente no es preciso que agreguemos nada a la idea de libertad tal como la hemos expuesto. La solidaridad, el libre acuerdo, etc., son modos de designar un método. Porque la vida en sociedad o comunidad es y será siempre un hecho fuera de toda discusión y es claro que por

mucha libertad que se goce se gozará dentro y no fuera de la vida de relación. Y pues que esta vida de relación, que esta vida de sociedad o de solidaridad no es un artificio ni una invención sino una realidad y una necesidad, ¿qué otro método que el de libre acuerdo sería aplicable en el mundo anarquista? Agreguémoslo, por tanto, o no, cualquier discusión sería baladí. Libertad y solidaridad vienen siempre aparejadas, como instrumento aquélla, como consecuencia ésta.

Si un método no hay estudio posible, no hay ciencia posible, no hay arte posible, no hay trabajo, no hay vida posible. Anarquía supone método, como autoridad supone subordinación. El método anarquista es el de la libre cooperación mediante acuerdos voluntarios, naturalmente. Lo otro será el entronizamiento de cierto número de individualidades, será lo que se quiera menos la anarquía en acción o sea la libertad para todos. El principio anarquista implica la coordinación espontánea de los individuos para el trabajo, para la ciencia, para el arte, para la vida, en fin, o no significa nada como no sea el hermoso caos de que nos hablan a toda hora los imbéciles de la burguesía o nos ensalzan algunos que del natural individualismo anárquico, pretenden hacer una novísima tontología individualista.

No hablamos ni queremos hablar de sistema cerrado, de más o menos comunismo. Ello ha sido descartado de toda discusión tiempo ha. Cooperación libre, es decir anarquía: he ahí todo. Y que no se nos venga con los distingos de que en ciertos trabajos se impondrá el comunismo y en ciertos otros el individualismo por el hecho sencillo de que un cuadro no se ejecute por un centenar de pintores y para hacer una locomotora se necesite en cambio un millar de mecánicos. Tales puerilidades acusan una mentalidad muy pobre, denuncian una mollera de cal y canto. Y esas puerilidades vienen del lado de los superhombres que han puesto una frontera entre el trabajo mecánico y el trabajo intelectual inventando la categoría ridícula del intelectualismo, como si los demás mortales tuvieran el cerebro para defecar en salva sea la parte.

Prescindamos de que ningún cuadro, grande ni chico, saldría de manos del pintor sin la cooperación del que fabrica la tela, del que prepara las pinturas, etc., y de que ni aun el mismo pintor sería algo sin el que le suministra los alimentos, los vestidos, la vivienda. ¿Qué relación puede haber entre el individualismo, como principio, y el hecho vulgarísimo de que para echar unas medias suelas no sea necesario más que un solo individuo? Porque para el caso es tan respetable ejemplo el sapiente Zanatero como el melencólico Apeles, salvo el más acabado dictamen de nuestros superhombres.

Por otra parte ¿no anda por ahí también un poco de preocupación, de hábito, de prejuicio? Cada vez se hacen más difíciles las obras individuales de ciencia. Ya en nuestros tiempos colaboran en una misma faena científica multitud de sabios y cuando una nueva invención sale a la superficie, sería muy aventurado atribuirle a estudios exclusivos del que la pregonó. ¿No podría ocurrir lo mismo en el campo del arte? Aun cuando tal o cual obra sea el fruto de un pensamiento individual, y esto ocurre siempre, ¿no podría ser al propio tiempo el resultado de una cooperación necesaria?

Todo ello no significa sino que aun los que más pregonan la libertad, se empeñan en meter la vida

por estrechos y tortuosos senderos. Hay campo en la anarquía para todas las formas de trabajo, de acción, de pensamiento. Hay campo para la expresión amplia y libre de todas las modalidades posibles.

Por el momento vamos derechamente a conquistar toda la libertad para vivir a nuestro gusto. Por el momento vamos derechamente a conquistar todos los medios de convivencia social para ser real y efectivamente libres. El resto vendrá por añadidura sin necesidad de determinaciones *a priori* que cierran el paso a posibilidades que no podemos prever.

La anarquía no significa de ningún modo una forma exclusiva de acción, más o menos comunismo, menos o más individualismo. Significa la posibilidad de todos los modos de acción a medio de la total libertad de iniciativas, de procedimientos, de conducta. Podrá haber y habrá, sin duda, una resultante que prepondera, pero sin negar ni destruir cualesquiera otras resultantes. Se trata de la vida en sociedad, producto de millones de libres conciertos. La abstracción a un lado; aquí queremos hablar y debemos hablar de la realidad, del tanto cuanto de cada día, de la práctica simple de la libertad de acción. En el curso del tiempo la evolución hará su camino sin trabas: esto es todo. Hartos de pragmáticas sobre el porvenir, nos reducimos al momento inicial de la anarquía, seguros de que, conquistada la libertad, ella hará su obra. Inútil que desde ahora decretemos fórmulas. Y no es esto renunciar al estudio del desenvolvimiento social presente o venidero. Es afirmar todo lo que conocemos, comprobado por la experiencia, acogiendo con desdén disquisiciones que quisiera hacérsenos tragar como sendas verdades. Nos interesan todos los problemas, pero carecemos de fe para toda solución hipotética. Necesitamos realidades; realidades para liberarnos socialmente. Contentarse con unos trozos de metafísica mejor o peor hilvanados, quédese para los escuálidos de músculos y de cerebro. Los que hablan del hombre fuerte olvidan, sin duda, que la vieja anarquía los quiere tan fuertes, tan equilibradamente fuertes, que no se satisfacen con menos que verlos recios de músculos y recios de intelecto. Por eso reclama pan, mucho pan, según la expresión gráfica y vulgar, y luz, mucha luz para que el desarrollo individual no caiga ni del lado de la bestia ni del lado de la neurastenia. De brutos y de desequilibrados estamos ya hasta la coronilla.

Si esto es cristianismo, si esto es falsa ciencia, si esto es estática social, imitación, retroceso, confesámonos los más ignorantes de los hombres. El empleo de ciertas locuciones no autorizan consecuencias a todas luces aventureras, sobre todo en aquellos que tienen por fetiches la lucha por la vida, la reconcentración egoísta del individuo, el superhombre, etc. Por mi parte confieso que me es profundamente antipático el proselitismo a golpe de frases. Ellas acusan generalmente carencia de ideas. Pero nuestro pobre estado mental explica bien, a quien examine el asunto sin pasión, porque vale más la terminología Revolución social, Huelga general, Felicidad humana, Fraternidad universal, Solidaridad, apoyo mutuo, que las mismas ideas que encierran. Del mismo modo tiene explicación el hecho de que la mayor parte de las gentes propendan a conclusiones definitivas y que muchos anarquistas hablen como hombres de fe respecto a la futura armonía social, el apagamiento de las pasiones, etc. Nosotros no creemos que la anarquía será un pa-

raíso. No creemos en la total realización de la felicidad. No creemos en el amor universal. No creemos en todas estas cosas y otras más porque no nos arrastra un falso sentimentalismo por senderos que a la postre nos conducirían al sacrificio de la personalidad y al sacrificio también de la humanidad.

La anarquía no será un paraíso porque el paraíso no es realizable. La anarquía será siempre la vida libre, la vida cómoda y plena lo más posible; siempre más y más cómoda, siempre más y más plena, más y más libre. Sin ninguno de los obstáculos, de las tiranías y de las expoliaciones actuales, cada uno podrá desenvolverse a su placer en todos los órdenes de la existencia. La evolución se hará libre y espontáneamente. Y si la posibilidad de actuar en todas direcciones no implicara la posibilidad de todas las comodidades, y recíprocamente, la anarquía sería una mentira más, indigna del menor esfuerzo individual o colectivo de conquista. Pero quien dice más y menos, dice imperfección, dice naturalmente movimiento, camino recorrido o a recorrer de uno a otro término. ¿Qué otra cosa si no es la vida? ¿Qué otra cosa será en plena anarquía? Movimiento de avance, de mejoramiento, de liberación mayor, no cabe dudarle, ello será la anarquía prácticamente. ¿Una realización absoluta? ¿Superar de una vez para siempre todas las condiciones? ¡Jamás! Eso sería la cesación de la vida por falta de objeto. Por esto es un sueño la decantada felicidad paradisiaca, el amor universal, la solidaridad perfecta de los humanos. La anarquía no supone, no puede suponer la muerte de las pasiones ni la capacidad absoluta de realización. Sabemos muy bien que no caminamos en pos de una sociedad de ángeles y que la libertad no nos hará todopoderosos. Habrá, pues, deficiencias, contrariedades, obstáculos, antagonismos; habrá todo lo que se deriva de nuestra naturaleza limitada e imperfecta. Habrá asimismo imposibilidad temporal o absoluta de realización. ¿Cómo no si el acicate de nuestra existencia es precisamente la lucha con toda limitación y con toda imposibilidad? Solamente los cerebros castrados pueden atribuirnos la tontería de aspirar a un mundo de ángeles en un paraíso de divinidades.

Vamos a la anarquía con hombres de carne y hueso, defectuosos, apasionados, violentos o flemáticos, amorosos o indiferentes. Y vamos a un mundo social de libertad y comodidad sin que pretendamos alcanzar toda la comodidad y toda la libertad. Más allá de la anarquía habrá siempre libertad y comodidad que conquistar. Inexplicable una negativa en labios que proclaman la necesidad de que el hombre se supere a sí mismo.

¿Es cristianismo este sentido de la anarquía? ne-ocio, quien tal diga. ¿Qué tiene que ver el más allá religioso, que olvida la vida terrena, con el más allá de todo indefinido desenvolvimiento humano, físico o moral? Científicamente, y si se quiere metafísicamente, toda realización absoluta es absurda. Fuera, pues, el orden sobrehumano que es en el que únicamente podría asentarse por pretendidas ciencias lo absoluto; no hay más que realizaciones parciales, relativas; caminos a recorrer, movimientos oscilatorios, más y menos; una escalera sin fin por la que van trepando cosas y seres sin alcanzar jamás el postrer peldaño. ¿Hay un término absoluto para toda la evolución? Que contesten los que nos tachan de cristianos y anticristianos.

Será, pues, la anarquía condicionada por circunstancias de lugar y de tiempo; será, pues, la libertad

y la solidaridad lo que puedan ser dados nuestros conocimientos, nuestra educación, etc., del momento será la felicidad, será el amor entre humanos lo que permita el estado de nuestro propio desenvolvimiento en el curso del tiempo. Y por eso la anarquía no será un paraíso, ni es necesario que lo sea; no queríamos siquiera que lo fuera.

La libertad, toda la libertad para todos; la libertad de poder elaborar la dicha propia y la dicha general; la libertad de poder emanciparnos interior y exteriormente cada vez más: esa es la anarquía.

Y la libertad no existirá jamás para todos, allí donde todos también no puedan disponer de los mismos medios de acción, allí donde las condiciones de la existencia social favorezcan exclusivismos que se escudan en diferencias naturales que deberían bastarse a sí mismas, ya que tal es su decantado poder.

Hay en verdad dos medios de que los hombres se apropien lo necesario a su existencia. O bien se conciertan para obtenerlo, o bien cada uno a su modo se agencia como pueda cuanto necesite. El primer método supone asociación o cooperación; el segundo, si tal puede llamarse, es el asalto a la naturaleza, la lucha a brazo partido por el pedazo de pan. Ya sabemos como este segundo procedimiento ha sido aplicado hasta ahora; el término de la evolución se llama asociación capitalista y su subordinación obrera. El asalto, la lucha no ha podido prescindir de la cooperación aunque ésta sea voluntaria para un grupo de hombres muy pequeño y forzosa para otro muy grande.

En plena libertad social, ¿qué haríamos? Ciertamente la libertad sería un mito si el individuo no tuviera a su disposición todos los medios de desenvolverse, alimentos, vivienda, vestidos, conocimientos, artes, etc. Pero... y sin *peros* no hay razonamiento posible, no es un individuo solo el que se halla en aquel caso; son millones de individuos y por tanto no se puede decir que el individuo ha de apropiarse, sin ningún género de consideraciones, cuanto necesite para su total integración sino que



Tercer tomo de las obras completas
\$ 1.50

los millones de individuos presentes o futuros han de tomar lo que precisen donde y como lo encuentren.

Aceptemos el léxico especial de los aficionados a sacar punta a las cosas más sencillas. Pues bien; o los hombres se entienden para el mejor aprovechamiento de lo que está a disposición de todos, o cada uno tira por su lado y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Este último es el caso de los señores de la reconcentración egoísta del individuo y también de los comunistas aficionados a la filosofía simplista del montón. Las consecuencias son bien llanas. Cada uno tomará lo que pueda y al paso que algunos lo tendrán todo, muchos no tendrán nada. A la postre, la mayor parte será víctima del despilfarro de una minoría, — ni más ni menos que como ahora — y eso de la integración y de la reconcentración egoísta del individuo y otras zarandajas metafísicas, serán música celestial para los millones de individuos que, sin duda, no significan nada para los secuaces del "Único y su Propiedad".

Permitaseme que llegado a este punto haga gracia al sentido común, al buen sentido de los ignorantes que como yo, uno de tantos, no comulgan en las aberraciones de las neurastenia, haga gracia digo, de mayores razonamientos. No son necesarios.

Para disponer de los frutos del campo, será menester que contemos con los campesinos. Para disponer de las viviendas, de las telas, de las máquinas, etc., será preciso que nos entendamos amigablemente, muy amigablemente, o muy pronto no tendremos ni máquinas, ni telas, ni viviendas, ni frutos de la tierra. La producción es imposible sin el concierto de millones de voluntades. Y si se habla de la producción que baste, por lo menos a satisfacer todas las necesidades, la imposibilidad crece de punto. Para que cada uno pueda desenvolverse en el mayor grado, habrá que asegurar primeramente los medios adecuados a tal desenvolvimiento o bien conformarse a

que la mayor parte se quede en ayunas. Así, lisa y llanamente, sin más honduras filosóficas, hay que plantear la cuestión. La libertad es ante todo una cuestión de pan, por mucho que lo sientan los que quisieran alimentarnos de rayos de luna y puestas de sol. El problema es ante todo un problema de nutrición, pese a la andante caballería del neo-individualismo. Un animal, un simple animal primero, eso es el hombre; después todo lo que se quiera. Pues resolvamos aquel problema y todos los demás quedarán resueltos. Porque asegurar los medios de subsistencia en un mundo de libertad es posibilitar a todos los hombres el desenvolvimiento pleno de sus individualidades, que es precisamente el credo de la vieja anarquía. Toda la libertad será necesariamente, fatalmente, cooperación voluntaria, libre acuerdo, solidaridad humana. En el concierto libre de las voluntades estriba la independencia individual, la independencia de todas las individualidades.

La cooperación no impedirá sino que facilitará la integración individual. Tan solo, tan aislado como quiera podrá vivir quien quiera. A los que la multitud moleste con su tufo de rebaño, nadie irá a sacarlos de su torre de marfil. Hasta para la masturbación intelectual habrá espacio. Y también compasión.

*
**

Hagamos un paréntesis para decir, por si es necesario, que no sólo de pan vive el hombre. La mayor parte de la vida humana pertenece a los afectos, a los gustos, al arte, a la ciencia. Vivimos más por el cerebro y por el corazón que por el estómago, sin olvidar que sin estómago no hay ni siquiera individuo. Y porque millones de hombres son apenas algo más que bestias que comen y trabajan, el anhelo de felicidad, de libertad, de justicia; la sed de los goces elevados que la ciencia y el arte sumi-

nistran, toman en las almas sencillas de la multitud — y vaya por delante mi repugnancia a tal lenguaje — formas de religiosidad que sueña en lo absoluto. ¿Cómo no, cuando se relaciona la vida plena que se entrevé con la vida mísera que se sufre? Hartos de odios, delirán con el amor universal humano; hartos de luchas, con la más grande y hermosa de las hermandades: hartos de violencias, con la más paradisiaca de las paces. Ignorantes, de presente, hasta la bestialidad, antójanse futuros sabios infalibles, artistas consumados. Sueñan en un mismo punto y en un mismo instante la realización de todos los inaccesibles ideales. Habla, sí, el sentimentalismo infantil y habla fuertemente. Dejemos que también los niños laboren por el porvenir. Y entre tanto, cultivemos su inteligencia iluminándola con las realidades de la ciencia, no atiborrándola de pícaras mortíferas de charlatán de plazuela.

Nosotros cantamos a la ciencia y al arte el himno de nuestros más vivos entusiasmos y, a poder hacerlo, desde ahora socializaríamos con el pan todos los goces y todos los conocimientos. Porque queremos la plenitud de la vida afectiva y del pensamiento, aplicamos nuestras fuerzas a la realización de aquella forma de vida social en que tal plenitud sería posible.

Mas cuando nos salen al paso pretendidos filósofos o envanecidos sociólogos, literatos y artistas de guardarropía que, como en los anuncios de cuarta plana de la prensa rotativa, nos endilgan cada cuatro palabras un elogio a la ciencia o al arte y prodigan a porrillo los adjetivos derivados, sentimos tentación vivísima de enviar a la porra la ciencia, el arte, los científicos y los artistas. Todo ello es música celestial para emboar incautos o recrear imbéciles.

Y a pesar de nuestras aficiones al estudio y a pesar de nuestros gustos artísticos y a pesar también de nuestro entusiasmo por la gran obra del progreso humano, nos sentimos entonces cada vez más pueblo, cada vez más multitud y parecemos ver alzarse fuertes y amenazadores los brazos vellosos de los supuestos sub-hombres que, en su brutalidad ciega que destruye y crea, son el sostén de toda la pandilla de necios infatuados que no hallan mejor modo de considerarse grandes que achicando extraordinariamente cuanto les rodea.

*
**

Concluimos. La anarquía oscila entre dos abismos. De una parte el culto a la violencia por la violencia misma; de otra la adoración fetichista del yo escueto en la absurda soledad de una libertad mentida. A fuerza de proclamar la rebeldía y la revolución, hay quien ha pensado que era justicia en el obrero todo lo que reputaba injusto en el burgués y, paso a paso, se ha caído en la justificación del sacrificio humano. El viejo jacobinismo resurgió en las luchas de nuestros días y por la salud del pueblo se hizo la apología del asesinato. Del mismo modo, a fuerza de ensalzar la libertad individual, el derecho autónomo del hombre, se ha creído que todo lazo de solidaridad entre humanos era un atentado a la individualidad y que fuera del absoluto y egoísta yo, no había realidad ni vida posibles. De un lado y de otro se da la razón a los poderosos y avisados que nos diezman y nos explotan. En defensa propia, y por su propia justificación mata la burguesía y roba la burguesía; por la suprema ley de su individua-

lidad irreductible, el tirano, en cualquier forma, gobernante o sacerdote, soldado o magistrado, asesina, esquilmadora, encarcela, explota, hace, en fin, y hace bien, conforme a la tesis individualista, cuanto quiere y como quiere. Todos los esfuerzos hechos por una filosofía humana que vé hacia afuera precisamente porque sabe reconcentrarse en sí misma la soberana razón, quedan declarados nulos después de esta vuelta bárbara al derecho del más fuerte por su astucia, por su crueldad o por su violencia. Cuando se había creído que la finalidad del progreso humano era la sofocación de la bestia en el hombre, he aquí que la bestia resurge práctica y teóricamente. Y si en la sucesión histórica de nuestras luchas se halla explicación para todas las exageraciones, incluso la que pregona la matanza sin objeto y la que proclama el aislamiento egoísta, no hay nada que las justifique y que hable a la razón de una sombra de equidad, de humanidad y mucho menos de libertad.

Los desbordes de la pasión y del pensamiento son fruto corrosivo de un mundo de odios donde se lucha a dentelladas y ese fruto ha venido del anarquismo, del lado de allá de la fuerza obrera, del lado de allá del elemento popular que sin sutilezas de ninguna especie está en marcha hace tiempo hacia un mundo que son incapaces de comprender los que serían seguramente incapaces de vivirlo.

Un poquito de atención lo merecen hasta los mayores desatinos de la inteligencia, porque casi siempre encierran algo de verdad que se escapa a los mismos que los formulan. Pero para desatinos que revelan concupiscencias y vanidades, orgullos y soberbias de impotentes, un poco de desdén es indispensable.

Somos de los que creen que el anarquismo debe volver sobre sí mismo huyendo de quintas esencias que, además de no conducir a nada práctico, tienen la propiedad de extraviar a la cabezas más firmes. Y si siempre es conveniente poner freno a las demasías del charlatanismo que habla a tontas y a locas de lo que no entiende, mucho más lo es ponerla a los excesos de la petulancia que se infla con palabras e ideas resonantes pero faltas de médula.

Por la anarquía afirmamos que la vieja tendencia de la revolución clásica ahogará, sin grande esfuerzo, esas notas disonantes que parecen complacerse gentes que tienen oídos reñidos con la armonía placida del arte de las artes.

No hay abismo en que pueda precipitarse lo que es resultado positivo de la evolución humana. La anarquía, la vieja anarquía, triunfará de todos los perros que le ladran al paso.

Síntesis amplísima de los dos términos, al parecer contrarios, en que el hombre libra su existencia y la humanidad perdura a través de todas las aberraciones, la anarquía es al propio tiempo libertad y solidaridad, equilibrio inestable, resultante continua de atracciones y repulsiones en que la vida oscila, en que vibra la existencia como vibra la materia en el seno de la armonía universal. Símbolo de símbolos, representación vivida de todas las cosas, es el ideal que se ensancha, que se engrandece a medida que a él nos aproximamos. No hay límite ni valla; no hay molde ni fórmula que pueda contenerlo porque tiene una expresión ilimitada: el ilimitado progreso del individuo y de la especie.

Es así como entiende la anarquía un viejo anarquista, bastante joven para no dejarse atrapar en ninguna malla por los pescadores, más o menos hábiles, del intelectualismo en boga.



La cultura europea avanza en China



BIBLIOGRAFIA

LEON NABOULET: Los Cristales Mustios. — Edición Jean Valjean, Posadas, 1929. Un vol. de 192 págs. Precio, \$ 1.50. Se vende en esta administración.

El nombre de León Roch Naboulet nos recuerda un período de la propaganda libertaria, la época en que Ghirardo y otros habían sabido impregnar toda la literatura con un cierto aliento anarquista. Roch Naboulet ha sido entonces un colaborador activo de nuestra prensa; *La Ráfaga* de Paraná contiene una nutrida colaboración de su pluma. Este libro que nos llega a una distancia casi de veinte años, despierta una viva curiosidad en nosotros, tanto por el deseo de saber si el autor se conserva fiel a los ideales de su juventud, como por saborear el contenido del libro mismo. Se trata de una recopilación de poesías en donde campea un noble lirismo, surcado de tanto en tanto por ramalazos humorísticos, de crítica mordaz. No sabemos cómo lo acogerá la moderna crítica. A nosotros nos gusta y agradecemos al autor por el envío.

Una de sus poesías, "El hospital", dice así:

"Lector: un hospital. Estereotipo
La mueca humana del dolor:
La angustia, la agonía, el llanto, el hipo...
E incluye hondo saber, lector,

Blasfemo como Job, estuve en su aula
Setenta días de ansiedad;
Recuerdo que se sirve en esa jaula
El vaso de agua de hermandad.

Maestros tiene que parecen hombres,
Sombrios, locos al quinqué;
Los llama el mundo con distintos nombres
Y son poetas, doy mi fe.

Lo busca en la caída todo Apolo:
Dubus, Murger, Rimbaud, Lellian;
Y en lira de oro mágica elogiolo
Le prínce Charles de Soussens.

Y van las hetairas al hospicio,
Y van los duques del valor,
Y van los catecúmenos del vicio,
Y van las siervas del Señor...

¡Doliente romería! Es el espectro
Torcido y lúgubre a la vez;
Los cuerpos miserables son mi plectro,
Los muertos lavan mi idiotéz.

Los médicos dirimen sus cuestiones
Sacando filo al bisturí...
Cuidado, maulas, con los corazones,
La historia no los corta así!

Amor revive en sus paredes blancas
La cábala del bien y el mal;
Forjé para vivir cláusulas francas;
Yo llevo al hombro el hospital.

Y solo, cuando llegue frente al Viejo,
— ¡Se acordará del año 1000! —

Al sol frunciendo el bárbaro entrecejo,
De pie en su plazoleta vil,
Como Hércules, tomando bien mi saco,
Daréle al centro del testuz:
Y cual pavesa inerme el dios bellaco
Caerá al revés pidiendo luz.

Lector: ya sabes lo que estereotipo:
Tu imperdonable condición:
Llanto de podredumbre es tu arquetipo;
Satán auscultá tu emoción".

ALBANO ROSELL: En el país de Macrobia,
narración naturológica. 173 págs. en 8°. —
Barcelona (1928).

No sin una cierta desconfianza, hemos abierto las páginas de este libro; suele haber en el naturismo una estrechez mental tan grande y una incomprensión tan irritante de todo lo que no sea su credo especial, que por hábito, aunque reconocamos lo que hay de bueno en el régimen racional de vida que preconiza, vemos con cierto menosprecio ese esfuerzo, lo mismo que el del esperantismo y otras actividades y aspiraciones más, de marco restringido y de adeptos más restringidos todavía, mentalmente. Pero la lectura de este libro no sólo es amena y atractiva, sino también susceptible de quitarnos el mal sabor de anteriores lecturas de escritos naturistas, donde el charlatanismo nos ha parecido la nota predominante. El "País de Macrobia" es un país muy superior a este en que vivimos; sus habitantes, conscientes de lo que hay de falso y de funesto en la civilización actual, viven una vida más completa, dichosos, sanos, sin necesidades inútiles, rindiendo culto a la vida. La futura humanidad anarquista será una inmensa Macrobia compuesta de comunidades y regiones para todos los gustos, para todos los temperamentos, para todas las aspiraciones. Como después de la contemplación de toda visión bella, al terminar la lectura de estas páginas, y constatar la triste fealdad que nos rodea, elevamos el pensamiento en pos de algo mejor, que sólo vendrá por obra del esfuerzo revolucionario que tanto falta. Ojalá esta obrita disfrute de la más amplia divulgación, para contribuir a despertar

en cada lector el ideal de una utopía propia y la fuerza para luchar por su realización.

BENITO PEREZ GALDOS: Viajes y fantasías. Prólogo de Alberto Ghirardo. Vol IX de las Obras Inéditas. Un vol. de 233 págs. Ed. Renacimiento. Precio: 5 pesetas.

Alberto Ghirardo ha reunido aquí otro volumen del Galdós periodista, "uno de los casos más extraordinarios de la literatura española". Según el prologuista, "durante diez años, los mejores quizás de su vida (1883-1893), el maestro indiscutido de la novela española contemporánea dedicó muchas horas diarias a la crónica política, de arte y social, y aun a los sucesos, relatando acontecimientos de toda índole, con ese su estilo claro y sin afeites, en esa su prosa límpida, traslúcida, aunque llena de sugerencias y empolvoreada a las veces de ironía sutil". Una parte de la obra de esos diez años es la que se recoge en el presente volumen.

ALMANACO LIBERTARIO pro Vittime politiche per l'anno 1929. Editor Carlo Frigerio, Case Stand, 128, Ginebra (Suiza). Un vol. en 4°. 80 págs. Precio, 1 fr. suizo.

Una hermosa recopilación, ilustrada con fotografías y grabados, compuesta por una buena selección de trabajos, de noticias y un calendario libertario. En total una soberbia requisitoria contra el fascismo y una altiva profesión de fe en la libertad. El beneficio de la venta se destina a socorrer las familias necesitadas de nuestros presos italianos. Aun no mediando el noble fin perseguido, el almanaque en sí es digno de que alcance la mayor difusión posible.

LUIGI GALLEANI: Contro la guerre, contro la pace, per la rivoluzione sociale. — Un vol. de 74 págs. en 4°. Precio: 0.25 cents. de dólar. Biblioteca "L'Adunata dei Refrattari", Newark.

Ha sido una excelente idea la reimpresión de estos artículos escritos por Galleani en la "Cronaca Sovversiva" en 1914-15 sobre la actitud de los anarquistas frente a la guerra, donde sobre todo se refutan eficazmente los puntos de vista de Kropotkin, antes aún del "Manifiesto de los diez y seis". Todo el ardor del polemista, toda la cultura del escritor, todo el temperamento del libertario se encuentran en estas páginas, que representan un verdadero documento histórico para el futuro historiador del pensamiento del anarquismo ante la gran catástrofe de 1914-18.

E. PRUNELL ALZAIBAR — Raíz Honda. —

POEMAS.

Florece en los jardines del alma la flor exquisita y sutil, aromada de ensueños.

Y esta flor que nos da el sentido exacto de que existimos y que nos arroba en sus fragancias y que nos columpia en sus misterios, es la voz sintonizada del alma del Hombre con la Naturaleza, la leyenda de la especie en la síntesis suprema del ser humano. A esta ascendencia, a estas evoluciones en que la mente, compenetrada de su misión, busca realizaciones de estética y cosecha de ideales, donde el concepto superior — empírico y biológico — de la especie humana plasme, materialice sus anhelos de perfeccionamiento y de justicia social. Si el hombre busca en su centro su ley, y en su belleza su norma, no sigue más que los dictados de su albedrío.

Que ya Schopenhauer nos define en tres géneros: "la libertad física, la libertad intelectual y la libertad moral". Estas son las soluciones más elevadas del arte libre de trabas y de fórmulas estrechas.

Pasemos ahora a exaltar los valores intrínsecos que contiene este nuevo libro. Límpidas sus imágenes aladas de belleza, y de pureza de dicción, nos demuestran su espíritu abierto y sincero. Que nos dice: "Y rendir a la vida mi más hondo tributo, con la suerte del árbol que se entrega en el fruto y el destino del agua que se entrega limpiando".

Si adolece esto de budhismo puro y de nazarena bondad, es bien cierto que esta es la misión del poeta: entregarse en brazos del amor, darse a la suave apetencia del bien.

Y más cuando lo hace con sinceridad: como bien lo establece Emerson: "No puede haber exceso de amor, de ciencia ni de belleza, cuando se consideran estas cosas en su sentido más puro".

"PLENITUD"

"Yo no sueño jamás, ahondo en mí mismo
el dolor de pensar y de sufrir,
toda cosa en mí se hace un abismo
de tan profundo que la sé sentir.

Cada día mi espíritu sensible
se aguza más en la Naturaleza,
tengo la percepción de lo invisible
y el sentido sutil de la Belleza.

Reconcentro mi alma en toda cosa,
de la estrella, del árbol y la rosa
siento la más secreta vibración.

Lo que todo es en mí, soy para todo,
y me doy a la vida de este modo,
como de un corazón a un corazón".

Suavemente el alma se va prendiendo en las sutilezas de este libro y ahondando se inunda de maravillas exquisitas, de ritmos cadenciosos, de divinas melodías que llegan hasta el éxtasis, y pueblan todo nuestro ser de inolvidables goces: Llegamos a su poema "¡Hombre!". Y nos dice:

"Hombre,
echa raíz en la Naturaleza,
arranca sus sentidos más oscuros y hondos
y tendrás la armonía de tu fuerza".

Creación panteísta, homenaje amoroso a la naturaleza sabia y promisoro. Este bello poema, para mí uno de los mejores del libro, nos arranca de este marasmo de inercia y nos trasporta en alas del ensueño a las montañas, a los bosques, a las cumbres.

Y así, en "Campo Afuera", otro de sus grandes poemas de sabor exquisito y de substancia sana, dice así:

"Quiero volver al campo, me enferma la ciudad, sus plazas son pequeños pulmones oprimidos, y las calles tentáculos informes que amenazan un estrangulamiento futuro de la vida. Quiero volver al seno de la Naturaleza, Tener más luz, más aire y amplitud de infinito, Más azul en el alma y más rojo en las venas, Y un amor más salvaje con más salud de instinto. Ya no siento el misterio del azul transoceánico, Ni me atraen los puertos, andenes y navíos; Campo afuera me iría por las altas montañas, Por las pampas desiertas, por los montes sombríos, Campo afuera me iría con mi carga de sueños, Y la locura nómada y serena de un indio, Llevando siempre abierta a todo el horizonte, La rosa de los vientos de mi libre albedrío".

Todo este libro está lleno de sana belleza. En sus páginas campean el brioso concepto de la vida, su amor a la indomable fuerza de la Naturaleza. Y nos canta suavemente, amorosamente:

"Sé como el árbol para florecer, como la roca para resistir, como la luz en la verdad, como la fuente en el amor".

Y más adelante:

"Lo tienes todo y aún puedes mucho más, llevas un mundo nuevo en tu interior".

Ya los antiguos bebieron en la linfa sagrada de los dioses, la sabiduría. Ajustándonos al ritmo de la historia, la vida se muestra fecunda. Y de la esencia íntima surgen sus enseñanzas. Y al conjuro de esta labor interminable en que las pupilas sedientas de luz buscan del fondo de las cosas la llama de la ciencia y de la civilización.

En la tercera parte del libro: "Síntesis", el poeta se muestra más azul de ensueño, culminando con "El Poema de tu Eternidad".

Así todo el libro, compuesto de dinamismo y de armonioso latido interior. Sus poemas se destacan con relieves propios, como "Poema de los vientos", "Todopoderoso", "La Tapera" y "Las boleadoras".

Veamos en "Raíz Honda" un esfuerzo noble y desinteresado, que el poeta ha sabido cantar con las estrellas en lo alto y un mirar de sol en las pupilas. Este gesto magnífico, esta labor óptima que se da "a la vida de este modo, como un corazón a un corazón", es motivo por demás para admirarlo doblemente y sentir con él las sublimes palpitaciones del arte.

Héctor Manini.

Montevideo, Enero de 1929.

VARIOS

Prostori, año I, N.º 8, enero de 1929. Sofía (Bulgaria).

La Sierra, órgano de la juventud renovadora andina, año III, número 25-26, 1929, Lima (Perú).

Amauta, N.º 20, enero de 1929, Lima (Perú).

Labor, quincenario de información e ideas. Lima (Perú). Hemos recibido los 6 primeros números; aparece a partir del 10 de noviembre de 1928.

Tanto La Sierra, específicamente literaria, como Amauta y su apéndice Labor, que allenta grandes simpatías por la revolución rusa, nos revelan una intelectualidad peruana joyen, inquieta, renovadora, subversiva. Se manejan las ideas con fiebre, como instrumentos de combate. Sin embargo no acabamos de explicarnos esa pujanza renovadora, ese espíritu combativo y la eternización en el poder de su polo opuesto, el tiranuelo Leguía. ¿No será que falta en esa pléyade de escritores y poetas el verdadero lazo de conexión espiritual con el pueblo, el único susceptible de dar a las ideas la fuerza necesaria para su realización?

¡Despertad!, año segundo, N.º 37, Vigo (España), 9 de febrero de 1929.

Kompleta raporto pri la 1.ª Kongreso de la Anarkista Junularo Internacio. 27 págs. en folio, mimeografiadas. Edición del secretariado de la Internacional de la Juventud anarquista, Shackletonsstraat 16, 1. Amsterdam, West (Holanda).

Cultura Proletaria. Editado por el G. P. Social, Pelotas (R. Grande do Sul), Brasil. Año I, N.º 5, enero de 1929.

Verbo Rojo, 3.ª época, año I, N.º 9 (2.ª quincena de enero de 1929), México, D. F.

Estudios (Continuación de "Generación Consciente"). Año VII, febrero de 1929, N.º 66, Valencia.

Emancipação, órgano del grupo cultural de los libres pensadores. Publicación quincenal. Hemos recibido los cinco primeros números de esta hojita de propaganda, donde si no la mayoría, se destacan algunos compañeros. Bagé (Río Grande do Sul), Brasil.

Freedom Bulletin, N.º 6, enero-febrero de 1929, Londres.

Jiyu Rengo Shimbun, órgano de la Federación libre de los sindicatos del Japón, Tokio.

Boletim informativo da C. G. do T., Lisboa, diciembre de 1928. Trae el informe del tercer congreso de la A. I. T. (publicación clandestina).



**CONCURRAN, CAMARADAS, A LA VELA-
DA QUE, A BENEFICIO DE "LA PRO-
TESTA", SE REALIZARA EL 30
DE ABRIL, A LAS 21 HORAS,
EN EL TEATRO LICEO, RI-
VADAVIA Y PARANA
ACTUARA LA COMPANIA EVA FRANCO
LOS PRECIOS DE LAS LOCALIDADES SON
LOS DE COSTUMBRE**

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos)	" \$ 2.—
---------------------------------	----------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------